

BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

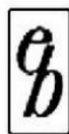
**PREMIO PARA
INSENSATOS**

Lou Carrigan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **LA HUELLA:**

140 - Tempestad en un vaso de agua.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

392 - Revólveres llameantes.

En Colección **ARCHIVO SECRETO:**

244 - El hombre de la cicatriz.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

322 - Un maldito pistolero.

En Colección **PUNTO ROJO:**

838 - Espía profesional.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.452 - Ese tipo que toca la armónica.

LOU CARRIGAN

**PREMIO
PARA INSENSATOS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 844
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 15.408 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: junio, 1978

© Lou Carrigan - 1974

texto

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

DÍA DE PESCA

—Pues yo —dijo muy seriamente Malcom Jarret, saqué una vez un *bluefish* así de grande.

Albert Dwans, su gran amigo y viejo compañero de pesca, le miró amablemente.

—¿Cómo de grande, dices?

—¡Así de grande! —insistió Malcom, con la caña bajo al brazo para poder separar las manos en la medida adecuada—. Y pesaba por lo menos treinta y cinco libras.

Albert sonrió, y, siempre amablemente, dijo:

—Me parece que hoy hace demasiado sol.

Malcom se sorprendió. Miró un instante hacia el cielo, de un azul claro y limpísimo, y luego hacia las refulgentes aguas de Biscayne Bay, que se extendían ante ellos..., es decir, alrededor de ellos, pues estaban en el pequeño bote, casi en el centro de la bahía, entre los kayos y la costa. Un día espléndido, gozando de la vista del mar y del verdor de la vegetación de la costa y los kayos.

—Es cierto —admitió por fin—... hace un estupendo día de sol.

—Demasiado sol —insistió Albert.

—¿Por qué demasiado sol? Yo creo que el sol de invierno es maravilloso, y...

—Pero a ti te está calentando demasiado la cabeza. ¡Hombre, vete al cuerno...! Seguramente has pillado una insolación, y ¡por eso dices tonterías!, ¡un *bluefish* «así» de grande! ¡Bah!

—¿Qué estás insinuando?

—¡Pero qué insinuando ni qué huevos fritos, hombre! ¡Tú no has pescado en toda tu vida una pieza de ese tamaño! Y estoy seguro de ello, porque si fuese cierto, me la hubieses estado restregando por la nariz durante años.

—¿De modo —enrojeció Malcom—, que me consideras uno de esos pescadores mentirosos?

—Ya te digo que hace demasiado sol. Deberías tener la gorra puesta, Malcom.

—¡Tú y mi gorra os podéis ir a..., a ya sabes dónde!

—De acuerdo. Pero te diré una cosa: el día que tú pesques un pez de ese tamaño..., ¡me lo como crudo!

—Y yo te diré otra cosa: ¡esta tarde te va a convidar a cenar tu abuela! Porque si esperas venir a mi casa, como siempre, a atiborrarte gratis de cerveza, ¡estás listo!

—Vaya, desde luego cada día tienes peor genio —masculló Albert—... Creo que te ha sentado mal la jubilación. Deberías buscarte algún trabajo para distraerte, Malcom.

—¡Tú eres el que no sabes lo que dices desde que te jubilaron por incompetente, so grulla! ¡En toda tu vida has sabido ni tan siquiera cómo se sostiene una caña de pescar, y quieres ahora decirme a mí lo que debo hacer! Pues escucha bien esto: ¡es la última vez que mi caña sale de pesca contigo! ¿Te enteras?

—¡Sí, hombre, sí! —asintió el flemático Albert—. En cuanto a tus cenas con cerveza, te las puedes meter en el cogote..., por no decirte otro sitio. A mí no... ¡Hey, creo que están picando!

Había estado recogiendo hilo, pero de pronto, el carrete dejó de girar, y la línea se tensó.

—¡Dale hilo! —exclamó Malcom—. Dale hilo, hombre.

—Cierra la bocota y ocúpate de tu caña, que yo sé muy bien lo que tengo que hacer con la mía —gruñó Albert.

Dio un poco de hilo, y volvió a recoger, suavemente. La línea se tensó de nuevo, sin desplazarse a ningún lado. Albert frunció el ceño, y continuó recogiendo hilo, dando vueltas con gran cuidado al carrete. Muy pronto dejó de poder hacerlo, así que volvió a dar hilo, mientras Malcom emitía una risita.

—¡A ver si has pescado una ballena...!

—Pues por el peso, podría serlo. Pero aunque no sea una ballena, éste sí tiene que ser *de verdad* una buena pieza. Por lo menos debe pesar cincuenta libras.

Malcom soltó un bufido, pero se quedó mirando atentamente la línea cuando Albert recogía de nuevo. Otra vez se tensó el hilo de nylon, y Albert, refunfuñando, dio un seco tirón de la caña hacia arriba... Inmediatamente la línea se aflojó, y dejó de notar la tensión en ella.

—Admirable —dijo Malcom—... Admirable ¡Has dejado escapar una pieza de cincuenta libras por tu torpeza!

La irritación de Albert era tal que soportó en silencio las puyas de su viejo amigo, mientras recogía el hilo, ahora rápidamente. En pocos segundos salió el anzuelo, desde luego limpio de toda carnada..., pero llevando enganchado un trozo de tela blanca.

—Menos mal que no es un zapato viejo —se pitorreó Malcom.

—Maldita sea... ¿Qué demonios es esto?

—Parece un trozo de tela. A lo mejor has enganchado un atún que llevaba camisa. ¡Ji, ji, ji, ji!

—Sí, que parece un trozo de camisa, si... —musitó Albert.

Malcom dejó de reír. Miró el trozo de tela, miró a su viejo amigo, volvió a mirar el trozo de tela... y, por fin, los dos miraron hacia donde se había producido «la picada».

—Yo remaré —musitó Albert, tomando los remos.

Eran las tres de la tarde.

CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en Miami, alzó la blanca sábana, y se quedó mirando el cadáver. Junto a él, el agente especial Raymond Fleming, también pudo ver en seguida, muy limpios, amoratados, los tres impactos de bala en el pecho del hombre, que había sido desnudado por completo y yacía en la mesa de Mármol del Depósito de Cadáveres.

—Sí —musitó Gordon—... Desde luego, es James Crowell. No está muy presentable, pero lo identifico sin la menor duda. ¿Por qué no nos avisaron antes?

Mientras hacía la pregunta, se volvió hacia el tercer hombre de la reunión en el frío lugar: el capitán Kersh, de la Sección de Homicidios del *Police Department*, que movió la cabeza y dio una explicación inobjetable.

—No sabíamos que era él hasta que tomamos sus huellas y les dimos el curso para su identificación. No llevaba encima nada que nos ayudase a identificarlo en el acto. Cuando supimos quién era, y que hace tiempo había pasado por manos de ustedes, les avisamos inmediatamente.

—Está bien. ¿Quién y cómo lo encontró?

—Un par de vejetes que estaban pescando en la bahía. A uno de ellos se le enganchó el anzuelo en la ropa de Crowell, le arrancó un trozo de camisa... Se acercaron con el bote y miraron hacia el fondo. Vieron algo muy blanco y avisaron a los Guardacostas.

—¿Dónde están ahora esos dos vejetes?

—Bueno, nos pareció que no debíamos amargarles más el día, así que se fueron a casa de uno de ellos. Tengo su dirección, por si les interesa verlos, pero ¿qué pueden decirnos? Son dos simpáticos jubilados que salen a pescar casi todos los días.

—Entiendo. Los dejaremos tranquilos, por ahora... ¿Quién sacó el cadáver del agua?

—Dos de los «ranas» del Guardacostas. Luego, nos avisaron.

El inspector Gordon se pasó la lengua por los labios.

—¿No había... nada más por allí?

—¿Nada más? No comprendo... ¿Debía haber algo más?

—Bien... Quizá, otro cadáver.

—Mmm... Bueno, no sé. Sacaron éste, y eso fue todo. ¿A qué otro cadáver se refiere, inspector?

—Uno de mis hombres, al agente especial Mike Dresner, estaba detrás de James Crowell... y hace tres días que no tenemos noticias de él. Ahora que Crowell ha aparecido, debemos preguntarnos dónde puede estar Mike Dresner. ¿Capta la idea, capitán?

—¿Green que también han matado a su agente?

—Me gustaría encontrar otra explicación mejor que justificase el silencio de Mike —susurró Cordon.

—¿Y por qué vigilaba su agente a James Crowell? —preguntó Kersh, incómodo.

—Por nada especial. James Crowell trabajaba en una fábrica de armas, hace tiempo. Tenía un cargo importante... Nos enteramos de que estaba sacando clandestinamente armas de la fábrica, y vendiéndolas en Sudamérica. Lo cazamos, pudimos probarlo todo, y fue condenado a cinco años de prisión. Cuando salió, vino a Miami, nos enteramos, y, por sistema, pusimos a un hombre a vigilarle; es decir, turnos de un hombre. Y Mike Dresner era el que estaba tras él hace tres días. No hemos sabido nada más de él ni de Crowell..., hasta ahora.

—Francamente, las perspectivas no parecen muy buenas —admitió Kersh—. Parece factible que Crowell se estaba metiendo de nuevo en líos, y si su agente Dresner se dio cuenta de algo, quizá lo mataron, en efecto. Pero entonces..., ¿quién mató a Crowell?

—Al demonio con Crowell —masculló Fleming—. Lo que nos interesa saber es qué ha sido de Mike.

—Quizá sería una buena idea buscar bajo el agua por los alrededores de donde fue hallado el cadáver de Crowell —sugirió el capitán de Homicidios.

—Nos encargaremos de eso, desde luego —asintió Gordon—. Si no tiene inconveniente, capitán, debería avisar a los Guardacostas, para que nos guíen al lugar exacto. Y dígales que aceptaríamos con mucho gusto la ayuda de sus «hombres-rana».

—Cuenten con ello. Creo que están esperando su autorización para proceder a la autopsia con Crowell.

—Por nosotros, pueden empezar cuando quieran. Mientras tanto, cuantos más hombres-rana podamos reunir, mejor.

—Hay un inconveniente —dijo Kersh—... Pronto será de noche, y eso dificultará mucho la búsqueda. No pretendo enseñarles nada, pero quizá sería mejor esperar a mañana. Ya sé que hay equipos nocturnos para inmersiones, pero a veces, las sombras de la arena pueden engañar, ocultando a medias cualquier cosa.

Gordon y Fleming cambiaron una sombría mirada, y el primero asintió con la cabeza.

—Queremos buscar bien —musitó—, así que esperaremos a la mañana. Mientras tanto, no me cabe la menor duda de que encontraremos algo que hacer. Vámonos, Ray... Gracias por todo, capitán.

Los dos hombres del FBI salían de la Morgue poco después, y ocuparon el coche, Fleming al volante.

—Vamos a la Delegación. Yo voy a llamar por el radioteléfono, para que Ronald y Lome nos estén esperando en mi despacho —dijo Gordon.

CAPÍTULO II

Los agentes del FBI Lorne Breman y Ronald Sayers estaban en el despacho de Gordon cuando éste y Raymond Fleming llegaron. Y su gesto no era precisamente alegre.

Esperaron a que Gordon se sentase a su mesa, y entonces Breman señaló tía carpeta que había sobre la mesa.

—Lo hemos estado repasando todo, señor, pero no hemos encontrado nada que nos ayude. Supongo que si hubiese habido algo especial lo habríamos anotado a su debido tiempo en los informes de nuestros tumos... Lo siento, señor.

El inspector Gordon asintió con la cabeza, tomó la carpeta y sacó los informes. Los recordaba perfectamente, pero los fue repasando, en busca de algo que pudiese ayudarles a recuperar da pista del agente del FBI desaparecido, Mike Dresner.

No había nada. Simplemente, James Crowell había llegado a Miami hacía cinco días, se había alojado en el «Starmotel», en North Miami Beach, y se había dedicado a pasear. Era evidente que disponía de dinero, pero no había hecho nada que lo demostrase. El «Starmotel» era más bien modesto, y Crowell había llevado una vida modesta y barata durante aquellos dos primeros días en que había estado controlado. Luego, había desaparecido..., al igual que el agente Mike Dresner.

—Sólo hay una cosa que podría ser interesante —deslizó el «G-man»

Sayers—: los dos días, al atardecer, fue a un bar llamado «La Marsopa», que está en la North East 2nd Avenue, detrás de Bayfront Park. Pero no habló con nadie allí, estamos seguros de eso. Es decir, no habló con nadie de un modo especial. Tomó unas copas, charló con el camarero... Nada. Luego, se iba, cenaba por ahí, y regresaba al motel.

—Pues ese bar no queda precisamente cerca de North Miami

Beach —dijo Fleming.

—Estuvo en sitios aún más alejados —encogió los hombros Sayers—. Ya digo que se dedicaba a pasear.

—Pero «La Marsopa» fue el único sitio en el que estuvo dos veces, ¿no? —murmuró Gordon.

—Sí... Sí, señor. Pero no habló con nadie. Bueno..., quizá esperase encontrarse con alguien que no llegó. Eso podría ser, claro. De todos modos, esto ya son conjeturas.

—No tenemos nada mejor, Ronald. Veamos... Según vuestros informes, James Crowell iba a ese bar hacia las seis de la tarde. Y Mike llamó por última vez hace tres días, a las cinco de la tarde... Es decir, que él tenía entonces el turno que le obligaba a seguir a Crowell a la hora en que éste iba a «La Marsopa». Pero Mike ya no llamó comunicando la tercera visita de Crowell a ese bar..., ni ha vuelto a llamar. A mí no me parece descabellado conjeturar que pudo desaparecer en «La Marsopa».

—Desde luego, una cosa es segura —reflexionó Fleming—: no fue Mike quien mató a Crowell. Si así hubiese sido, no lo habría tirado al mar y desaparecido después. De todos modos, puesto que tenemos registrada en Balística la pistola de Mike, lo sabremos seguro cuando dispongamos de las balas que saquen del cuerpo de Crowell.

—Sí. Pero no vamos a esperar hasta entonces, ni a que los hombres-rana busquen por la bahía para empezar a movemos... en serio. Y cuando digo *en serio* —la expresión de Gordon se endureció —, quiero decir que, según todas las apariencias, han matado a un agente del FBI..., y que no quiero que maten a otro. En resumen: nada de contemplaciones. Y, desde luego, vamos a meter las narices en ese bar llamado «La Marsopa».

—¿Quiere que Lorne y yo volvamos allá, señor? —propuso Sayers.

—No. Vosotros ya habéis estado allí, así que si algo pasa en ese lugar, os reconocerían, os recordarían... Irá Ray. Y solo. No se trata de una redada: sólo de meter las narices. Mientras tanto, nosotros iremos a ver qué encontramos en el «Starmotel», en la cabaña que ocupaba Crowell.

—Apuesto a que en eso ya se nos han adelantado los que mataron a Crowell —dijo Breman.

—De todos modos tenemos que ir. No podemos desaprovechar una posible oportunidad de encontrar algo que nos ayude. Por otra parte, si alguien ha estado allí, quizá encontremos sus huellas, y eso sí nos sería útil... ¿O no, Ray?

Miró a Raymond Fleming, que estaba muy pensativo. El «G-man»

se pasó la mano por la barbilla.

—Bueno, señor, yo estaba pensando que quizá sería mejor enfocar el asunto de otro modo.

—¿De qué otro modo?

—Pues... podríamos hacer las cosas como si James Crowell continuase en el fondo de la bahía. Quiero decir que ustedes podrían ir a ese motel, desde luego, pero preguntando por Crowell y por Mike. Digamos que el FBI está buscando a uno de sus hombres y al hombre que vigilaba ese agente.

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto de que yo pudiese presentarme en «La Marsopa» buscando también a James Crowell. En cambio, si se difunde la noticia de que ha muerto, no podría buscarlo, ¿verdad? Sólo tenemos que avisar a los de la Morgue para que no digan nada. Y al capitán Kersh, a los dos vejetes... Usted me entiende, señor.

—Te entendemos todos —murmuró Sayers—: es un truco viejo... y muy peligroso, Ray.

—Pero puede dar resultado. Y por otra parte, si no es «La Marsopa»..., ¿qué tenemos? Nada. Y bien cierto es que si en «La Marsopa» se presenta un agente del FBI preguntando por James Crowell, no obtendrá muchas explicaciones. Y si no pregunta..., ¿cómo van a decirle nada?

—Estudiemos eso —musitó Cordon—. Sí, estudiémoslo detenidamente...

CAPÍTULO III

Hacia las ocho y media de aquella misma noche un sujeto de mediana estatura, hombros anchos y gesto un tanto avinagrado, entró en el bar «La Marsopa», se dirigió directo al mostrador, ocupó un taburete, y pidió un *whisky* solo. Mientras encendía un cigarrillo miró a su alrededor. Luego frunció el ceño, miró su reloj, y quedó pensativo.

Le sirvieron el *whisky*, se bebió la mitad de un trago, y se dedicó a fumar, mirando hacia la puerta cada vez que entraba o salía alguien. El camarero, algo alejado detrás del mostrador, lo miraba disimuladamente, pensando que no le gustaría despertar la ira de aquel tipo que vestía con sólidas prendas deportivas que le sentaban como el azúcar a un pastel, esto es, divinamente.

Por fin, cerca de las nueve, el deportista, con aspecto ya mosqueado, y después de haber consumido impávido dos *whiskys*, le hizo una seña, y el camarero se acercó, un tanto inquieto.

—Diga, señor.

—Estoy buscando a un amigo, un tipo que me citó aquí... Maldita sea, he llegado con retraso por culpa de ese maldito *bus*, pero estaba seguro de que me esperaría... James Crowell. ¿Lo conoce usted, quizá?

—No, señor. Bueno, es posible que lo haya visto por aquí, pero por el nombre no sé a quién se refiere.

—Entiendo. Veamos, es un tipo algo más alto que yo, que acostumbra vestir bien. Tiene unos cuarenta años, cabellos claros, ojos azules... Más o menos, de la corpulencia de usted.

El camarero parpadeó. Y se sintió tremendamente feliz por poder complacer al deportista.

—Bien... Hay un hombre así que ha venido por aquí un par de veces, si no recuerdo mal, señor. Pero hace algunos días de eso.

—¿Hoy no ha venido?

—No, señor. Si es el que yo pienso, no ha venido.

—El muy... Entonces, ¿para qué maldita la cosa me ha hecho venir desde Tampa? ¿Está seguro de que no ha venido y se ha marchado ya? Podría ser, porque ya le digo que me he retrasado por culpa del *bus*. La cita era a las seis, pero...

—Entiendo, señor. Si le parece bien, puedo preguntarle a mi compañero. Quizá su amigo haya venido y yo no le he visto.

—Hombre, se lo agradecería mucho. Yo no conozco a nadie aquí, pero usted podría preguntar si alguien ha visto a James Crowell. Si él me ha citado aquí será por algo, digo yo.

—Veré de complacerle, señor.

El camarero se alejó, estuvo hablando con su compañero de mostrador, y el otro movió negativamente la cabeza. De pronto, abrió más los ojos y asintió. Ah, sí, claro que recordaba al tal sujeto rubio de ojos azules, sí... Pero no, no lo había visto. ¿Preguntar por él? Bueno, lo intentaría...

Para el deportista era como si estuviese oyendo la conversación. Luego, el otro camarero salió de detrás del mostrador, y se dirigió a otro parroquiano, sentado a una mesa y leyendo el periódico. Hablaron, y el cliente miró asombrado al camarero; acabó moviendo la cabeza negativamente, con el gesto de quien piensa: ¿y quién es ese Crowell y qué demonios me importa a mí?

Cinco minutos más tarde, tras una nueva conferencia de los dos camareros, el que servía al deportista se acercó, con gesto de resignación.

—Lo siento, señor. Hemos preguntado a los clientes que llevan más rato aquí pero nadie le ha visto. Ni le recuerdan.

—Pero usted quizá recuerde a algún amigo de Crowell. Si él venía aquí, quizá era para encontrarse con alguien, ¿no?

—No lo sé. La verdad es que tenemos mucho trabajo, y no podemos fijarnos en lo que hacen todos los clientes.

—Entiendo. Bueno, no voy a pasarme la noche aquí, ¿verdad? James me llamó hace tres días a Tampa, así que tendrá que venir por aquí para encontrarse conmigo, peco por mí, puede irse al diablo... Aunque quizá sería mejor dejarte una nota. ¿Se la daría usted cuando él venga, amigo?

—Sí, sí, con gusto, señor.

—¿Qué tal si me da algo para escribir?

El camarero colocó ante el deportista un bloc y un bolígrafo. Y después de pensar irnos segundos, aquél escribió, con letra grande y clara:

Aquí me tienes, en Miami Lamento el retraso, pero ya te explicaré. Estoy en el «Riverside Hotel»,
TU-8-2241.
Raymond Fleming.

—Aquí tiene —le tendió la nota al camarero, junto con un billete de veinte dólares—. Y esto para usted.

—Gracias, señor.

—Pero si Crowell viniese pronto, díglele que no va a encontrarme en el hotel hasta bien tarde. Me largo por ahí a divertirme un poco. ¿Okay?

—Sí, señor. Entendido.

—Hasta la vista.

Raymond Fleming salió de «La Marsopa», y de allí se fue a cenar a un restaurante modesto. Luego fue a divertirse, en efecto, a un club nocturno donde había función de *strip-tease*.

Luego, pareció aburrirse de ello, llamó un taxi y le dio la dirección del «Riverside Hotel». Allá, Raymond Fleming pidió su llave, subió a la habitación 207, en el segundo piso, y entró. Encendió la luz, cerró la puerta y se quedó apoyado de espaldas en ésta, frunció el ceño.

—Mala suerte —se dijo—. Pero no perdamos la paciencia.

Se fumó otro cigarrillo y se acostó.

CAPÍTULO IV

—¿Qué? —preguntó Raymond Fleming, acomodándose en uno de los taburetes—. Nada, ¿eh?

—No, señor, Lo siento —dijo el camarero.

—Bueno, quizá venga hoy a las seis, que era la hora convenida para ayer. Lo esperaré... con un buen *whisky*.

—En seguida se lo sirvo. Le aseguro que nos hemos interesado por su amigo, pero nadie le ha visto.

—Elemental. Si le hubiesen visto sería porque había venido aquí. Y si hubiese venido aquí, usted y su compañero lo habrían visto mejor que nadie.

—Sí... Claro.

El camarero sirvió el *whisky*, y se retiró. Poco después Raymond Fleming pedía otro... A las siete y media, con cara de asco, había consumido otro más. A las ocho, ya verdaderamente mosqueado, parecía a punto de pedir otro cuando, de pronto, en voz alta, masculló:

—Al demonio... Se va a acordar de mí ese idiota cuando le ponga la vista encima.

Pagó y salió de «La Marsopa», visiblemente irritado. Metió las manos en los bolsillos, y se encaminó hacia el mismo restaurante de la noche anterior. Se sentó a una mesa, encargó la cena, y la consumió con admirable apetito.

Acababa de pedir el café cuando un hombre que acababa de entrar mirando a todos lados, se acercó a su mesa, y señaló la silla que estaba al otro lado de la mesa, enfrente de Raymond.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, señor —asintió Fleming—. Yo termino en seguida. Solamente me falta el café.

El otro se sentó, mirándolo expectante.

—No tenga prisa. Yo no he venido a cenar.

El agente del FBI notó algo parecido a un impacto en el estómago, pero se limitó a mirar sorprendido al hombre. Parpadeó y preguntó:

—¿Pues a qué ha venido aquí? ¿A comprar libros?

—Entiendo —sonrió el otro— que está usted buscando a James Crowell.

Fleming se mostró como un auténtico actor. Se quedó mirando fijamente al hombre, pareció pesarlo, medirlo, valorarlo. Por fin, entornó los ojos, precavido, desconfiado.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—Un amigo de Crowell.

—Ah. ¿Dónde está él?

—¿Para qué lo busca?

—Quizá pueda decírselo a usted después de que haya hablado con James.

—Me parece que no entiendo eso.

—Pues pregúntele a James, y él se lo dirá. Oiga, ¿de dónde demonios sale usted?

—Anoche mismo nos enteramos de que estaba buscando a Crowell, y desde entonces nos hemos estado interesando por usted. Me ha parecido que había llegado el momento de que hablásemos.

Raymond Fleming se rascó una ceja, estupefacto.

—¿Quiere decir que me han estado siguiendo desde anoche?

—Cuando usted llegó a su hotel, nosotros estábamos esperando. Y sí, todo el día de hoy hemos estado detrás de usted.

—¿Para qué? —Se asomó Fleming.

—Nos interesan los amigos de Crowell.

Un destello de bien simulada alarma apareció en los ojos del G-man.

—¿Es usted de la Policía? —susurró.

—No, no —rió el otro—. Nada de eso. ¿Usted cree que Crowell tiene amigos entre la Policía?

—Oiga, muchacho —masculló Fleming, endureciendo el gesto—: a mí no me ha sabido sonsacar ni mi madre, que era quien mejor ha sabido manejarme en esta cochina vida. De modo que si se va a dedicar a hacerme preguntas, emprenda el vuelo.

—¿Está o no está buscando a Crowell? —volvió a reír el otro.

—Es él quien me ha buscado a mí. Y no entiendo esta estupidez.

¿Qué es lo que quiere James? Me hace venir, no acude a la cita, me hace seguir por un tipo... Si me ha hecho venir de Tampa para esto, dígame que cuando me vea será mejor que eche a correr: no me gustan las bromas imbéciles. He dejado algunas cosillas pendientes en Tampa, me estoy gastando mis buenos dólares por nada... De buena gana le partiría la cara.

—¿A mí?

—A Crowell. Y usted, si se pone a tiro, quizá tenga que ir al dentista también.

—Tiene usted mal genio, ¿eh?

—Póngase en mi lugar.

—Sí, claro. ¿Qué le dijo Crowell cuando le llamó?

—Me dijo que viniese, que había dinero a ganar. Así que agarré la maleta y aquí estoy.

—¿Le dijo él que se encontrarían en «La Marsopa»?

—Claro.

—¿No le dijo que podía encontrarlo en otro lugar?

—Oiga, chico listo: si yo supiese en qué otro lugar podía encontrar a James, no estaría perdiendo el tiempo dando vueltas por Miami y tomando brebajes en un bar. Vaya, aquí tenemos mi café. Y se lo advierto: no me gusta charlar mientras tomo café.

—Sólo una pregunta más: ¿cuándo le llamó Crowell?

—Mmm... Hace cuatro días.

—¿A qué hora?

—¡Y yo qué pitos sé...! Veamos... Debían ser las cinco y pico. Sí, alrededor de las cinco y media, exacto. Precisamente cuando estaba echando una siestecita con Rosie.

—¡Ah! ¿Es usted casado?

Raymond Fleming miró con sorna al sujeto, y dijo:

—Más o menos.

—Entendido —volvió a reír el otro—... Bueno, tómese su café antes de que se le enfríe. Luego, si quiere, iremos junto a Crowell.

—¿Usted y yo?

—Sí.

Raymond Fleming se quedó mirando fijamente al hombre. Luego, se tomó el café, miró la nota que le habían traído al mismo tiempo, y dejó un billete encima. Por fin, volvió a mirar al hombre.

—Mire, muchacho —dijo amablemente—, a mí no me gustan los

intermediarios, así que vaya a decirle a James...

—Está enfermo. No puede venir.

—Ah... Maldita sea, ahora comprendo... ¿Les ha enviado a buscarme?

—No. No sabíamos que iba a venir, pero nos enteramos de que un sujeto andaba buscando a Crowell en «La Marsopa». Está muy enfermo.

—¿Urticaria?

—Le metieron un balazo en las tripas.

Fleming volvió a entornar los ojos. El juego se estaba poniendo interesante: ¿quién sería capaz de mentir más y mejor?

—¿Quién y por qué? —musitó.

—Cosas que pasan. ¿Va usted armado?

—Claro que no.

—Pues si Crowell le llamó para trabajar con él, tendrá que buscarse un juguete.

—Escuche, amigo, ya estuve una vez en un sitio muy feo, y no quisiera volver allí. No me gustan las armas... en el bolsillo.

—¿No sabe manejarlas?

—Mejor que usted. Pero se está mejor fuera que dentro de las rejas. No, gracias. Dígale a Crowell que me he vuelto a Tampa, y que no interesan sus neg...

—Veinticinco mil dólares.

—¿Veinticinco mil... qué?

—Dólares. Para usted, si viene a ver a Crowell conmigo. Necesitamos gente que sepa... tirar al blanco si vuelve a presentarse la ocasión. ¿Me comprende?

—Veinticinco mil dólares... No está mal, la verdad.

—¿Necesita un anticipo?

Raymond Fleming se pasó una mano por la barbilla, restregándola con fuerza. De pronto, se puso en pie.

—Vamos a ver a James. No aceptaré nada hasta ⁵ haber hablado con él. ¿Está claro?

—Está claro. Tengo el coche ahí fuera.

Salieron del restaurante, y el sujeto señaló el coche. Al llegar allá, Raymond vio a otro hombre, esperando al volante... Frunció el ceño, vaciló, encogió los hombros y entró en la parte de atrás, seguido del otro, que dijo:

—Vamos a la granja, Gilbert. Parece que todo está bien, y que este caballero es amigo de Crowell.

—Será mejor para él —dijo secamente Gilbert. Fleming mascullo algo, y quedó sumido en hosco silencio Poco después al coche salía de Miami por la nacional 41.

Las luces de Miami fueron quedando atrás. A ambos lados de la carretera comenzó a vislumbrarse, a la luz de los faros, la vegetación densa de Los Everglades.

Y finalmente, de pronto, al tipo que iba sentado junto a Fleming sacó una pistola, apuntó al

G-man,

y dijo:

—Para, Gilbert: aquí está bien. Y usted, baje: no queremos manchar el coche de sangre.

Raymond Fleming palideció, mirando el brillo de la pistola. Gilbert había sacado el coche al andén, y se volvió. No se le podía ver bien, porque otro vehículo llegaba en dirección contraria, y sus luces daban en su nuca. En cambio, sí podía verse bien el rostro del otro, y el brillo de la pistola.

—Malditos puercos —jadeó Fleming—... ¿Quiénes sois? Seguramente os habéis cargado a James ¿eh?

El coche que iba hacia ellos, se cruzó, con poderoso zumbido, y se perdió en dirección a Miami. Los rostros volvieron a ser manchas claras en el interior del coche.

—Salga del coche.

—Cerdos asquerosos...

Gilbert sacó también su pistola, y se la puso a Fleming bajo la nariz.

—Tienes la boca muy sucia, amigo. O quizá sólo lo parece. De todos modos, Crowell no nos habló a nosotros de ningún amigo que fuese a venir de Tampa, así que... tenemos nuestra propia versión de la verdad sobre este asunto. ¿Verdad, Humboldt?

—Verdad —dijo el que había entrado en el restaurante.

—¿Y cuál es esa versión? —Gruñó Fleming.

—Una muy simple: no queremos complicaciones. Un tipo como usted nos vendría bien, es cierto, pero podemos buscarlo a nuestro modo. Quizá, pese a todo, es cierto que Crowell le llamó, pero eso no nos consta, así que simplificaremos el asunto.

—Escuchen, des juro que es cierto... ¿Qué demonios haría yo aquí si James no me hubiese llamado?

—Ni idea. Ya le digo que quizá sea cierto, pero no queremos correr riesgos. Salga del coche.

—Pero hombre, sea razonable —casi gimió Fleming—... Esto es una idiotez: pregúntenle a James, y él les dirá quién soy, y que me llamó. No creo que esté tan mal que no pueda reconocerme. Vamos a verlo, y si él no les convence...

—Crowell está muerto. Salga.

Fleming se pasó la lengua por los labios; los notaba en verdad secos, no fingía en aquel momento. Abrió la boca, quiso insistir, pero comprendió que no conseguiría nada.

—Está bien —susurró—... Está claro. Pero ojalá revienten pronto.

—Siempre será más tarde que usted... ¡Afuera! Y camine hacia el centro de la carretera.

El

G-man

profirió una maldición, con voz ahogada, y abrió la portezuela. Salió del coche, cerró la portezuela con fuerte golpe..., y, de pronto, desapareció.

Se desvaneció, desapareció... hacia arriba.

Durante una fracción de segundo, Humboldt y Gilbert se quedaron mirando, atónitos, por los huecos de las ventanillas, el lugar donde había estado Raymond Fleming..., que tras el increíble salto cayó de bruces sobre el techo del coche. El golpe de su cuerpo encima de ellos hizo reaccionar a Gilbert y Humboldt, que respingaron y se lanzaron fuera del coche, volviéndose, alzando las pistolas... En aquel mismo instante, Fleming saltaba hacia el otro lado, desde el techo hacia el lado derecho de la carretera. Por un instante, su figura quedó bien visible, a la luz de las estrellas, en el aire, a una altura pasmosa.

Plop, dispararon a la vez los dos asesinos.

El cuerpo de Fleming desapareció de su vista, cayendo entre la vegetación. Humboldt y Gilbert rodearon el coche a todo correr, cada uno por un lado, y con los ojos desorbitados intentaron localizar al

G-man,

aunque fuese por el ruido que podía hacer al deslizarse por entre la vegetación..., si es que podía hacerlo.

No vieron nada.

No oyeron nada.

—Estoy seguro de que le he acertado —susurró Humboldt—. Debe estar herido, por lo menos.

—Tenemos que convencernos de que está muerto —dijo Gilbert—. Vamos a por él. Y mucho cuidado no vayamos a dispararnos entre nosotros.

—No está armado, así que será fácil.

Paso a paso, los dos asesinos fueron avanzando hacia el interior de la maleza. Por el Este aparecieron dos puntos luminosos, acercándose. Segundos después, el coche pasaba en dirección a Miami, a gran velocidad.

Se oyó el zumbido del motor..., impidiendo que Humboldt oyese el movimiento de la maleza, a su derecha. Pero notó o presintió algo, y comenzó a volverse, con un grito de aviso en su garganta... De ahí no pasó el grito. Una mano rígida, dura como el acero, se clavó de punta, llegando de abajo, en su garganta, con la potencia de un lanzazo, que le arrancó un extraño gemido.

Al mismo tiempo, otra mano le arrancaba la pistola de un tirón, que lo movió en círculo, de modo que cayó de espaldas entre la hierba, haciendo no poco ruido. Y el

G-man,

ahora con una pistola en su mano, saltaba desapareciendo de nuevo, mientras la voz de Gilbert llegaba desde unos metros más allá:

—¡Humboldt!

—Está por aquí —le contestó una voz susurrante.

La maleza se movió y Gilbert llegó cerca del lugar donde había sonado la voz.

—Humboldt —volvió a llamar, ahora más quedamente.

Una mano que llegó por detrás asió su muñeca derecha, y le hizo volverse con veloz giro, de potente tirón. Gilbert se encontró delante mismo de Fleming, que mientras sujetaba su mano armada, bien separada de ambos, disparó su puño derecho hacia el estómago del asesino.

Aulló Gilbert, al recibir el tremendo golpe.

Se dobló hacia adelante, soltando la pistola, casi desvanecido..., y un gancho en la barbilla lo puso derecho..., para recibir ahora un zurdazo en la boca que lo tiró como muerto hacia atrás.

Y ya no se movió.

CAPÍTULO V

Miriam Bloch miró una vez más su relojito de pulsera, y de nuevo hizo un gesto de impaciencia. Ya no quería esperar más. Si aquellos dos estúpidos habían fallado, lo iban a lamentar. Pero, desde luego, no iba a esperar más. Que la llamasen a su apartamento.

Se puso en pie, rodeó la mesa del despacho situada en el interior del bar «La Marsopa», y fue a abrir el armario. Sacó su chaqueta, que hacía un delicioso juego con el vestidito color azul, y se la puso, mirándose al espejo que había en la parte interior de la puerta del armario.

Cerró el armario, salió del despacho. Vaciló un instante, pero optó por la salida privada. No tenía el menor deseo de ver a aquella gente charlando y bebiendo. Así que no pasó por el bar para salir a la calle, sino que lo hizo por la puerta que daba al vestíbulo del edificio. Cruzó éste, salió a la calle, y comenzó a caminar hacia donde había estacionado su coche...

—¿Señorita Bloch?

Se volvió, todavía con un resto de sonrisa en los labios, pero, en el acto, la sonrisa quedó como petrificada, y un ramalazo de frío recorrió su bellissimo cuerpo, al reconocer a aquel hombre que le habían descrito: no demasiado alto, pero ancho de hombros, aspecto de gimnasta, gesto avinagrado, mirada fija...

—¿Qué desea?

—Me llamo Raymond Fleming —se presentó éste sonriendo como Miriam pensó que debían sonreír las hienas—. Tengo la seguridad de que usted ya conoce mi nombre.

—No —negó ella—. No, lo siento.

—Ah. —Fleming quedó como desconcertado, reflexivo—. Bien, en ese caso, no cabe duda de que dos sujetos me han engañado, y que no valía la pena molestarla a usted. Los entregaré a la Policía, y

ya veremos qué pasa. Buenas noches y perdone.

—Espere... Espere un momento..., señor Fleming.

—Sí, con gusto. ¿Puedo servirla en algo?

—¿De qué está usted... hablando?

—Pues de dos tipos que quisieron matarme hace un buen rato. Imagínese lo que es la gente: la han acusado a usted de haberles dado esa orden. Sí, sí, lo dijeron con toda claridad: Miriam Bloch, la propietaria de «La Marsopa».

—¿Dos hombres le han dicho eso?

—Ya ve usted, qué tipos tan canallas, ¿verdad? Claro que quizá estaban molestos conmigo porque les rompí algunos dientes, y quisieron engañarme acusando a una preciosidad como usted. ¡La gente es más mala...! ¿No está de acuerdo?

—Sí... Sí, sí.

—Pero yo no —aseguró Fleming, volviendo a sonreír—. Yo soy un buen muchacho, así que no la molesto más. Repito: buenas no...

—Por favor, espere. Creo que podríamos conversar en un lugar más..., más adecuado, más tranquilo que en plena calle...

—Yo siempre he dicho que una conversación amable en la intimidad es algo incomparable. Por cierto, tengo el coche de esos dos sujetos ahí, en la esquina. ¿Cree que en el coche podremos hablar tranquilamente?

Miriam Bloch sonrió de aquel modo que ella sabía era capaz de derretir una piedra.

—Conozco un sitio mucho mejor que ése, señor Fleming.

—¿El cielo?

—No tanto —rió ella—: mi apartamento.

—Buena idea. ¿Debo llevarme al pijama?

Miriam acabó por reír, pero mirando fríamente a Fleming, por entre los casi cerrados párpados. No obstante, cuando dejó de reír, su mirada volvía a ser prometedora.

—Los pijamas —dijo— sólo son útiles para dormir. Y no siempre. Por ejemplo, yo duermo sin pijama, en verano.

—En ese caso, quizá sería mejor aplazar la entrevista para el verano —dijo Fleming.

—Me parece que usted no es de los que aplazan sus asuntos, señor Fleming. ¿O sí?

El

G-man

volvió a sonreír como una Hiena, a juicio de Miriam Bloch, y señaló calle adelante. Llegaron a la esquina, cerca de la cual estaba el coche en el que le habían paseado Humboldt y Gilbert. Abrió la portezuela de la derecha, cerró cuando Miriam hubo entrado, y fue a sentarse ante el volante.

—¿A dónde? —preguntó.

—Al 88 de South West 17th Terrace.

—Pues me he quedado igual, porque no conozco mucho Miami. Tendrá que ir guiándome.

—Está bien. De momento, siga por esta calle... ¿Dónde están Humboldt y Gilbert?

Raymond puso el coche en marcha, y volvió la cabeza, para mirar amablemente a la pelirroja.

—No creo haber mencionado nombre alguno, señorita Bloch.

—Bueno... ¿Para qué engañarnos más? Todo ha sido un pequeño error, simplemente.

—Curiosa definición del intento de asesinato de la persona que yo más estimo en el mundo: Raymond Fleming.

—Es usted muy ocurrente... Tiene sentido del humor, y eso me hace comprender que llegaremos fácilmente a un acuerdo. Gire a la izquierda...

Diez minutos más tarde, Fleming detenía el auto en el aparcamiento subterráneo del edificio número 88 de la South West 17 Terrace, moderno, lujoso, rodeado de jardín, destacando de los que le rodeaban. Desde el aparcamiento, el ascensor los dejó en el tercer piso. Miriam Bloch abrió la puerta del apartamento

3-C,

dio la luz, y se apartó, sonriendo.

—Sea bien venido.

—Las damas primero —dijo Fleming.

Ella encogió los hombros, y entró. Esperó a que lo hiciese Raymond para cerrar la puerta. El vestíbulo no era muy grande, y en él arrancaba un amplio pasillo que tenía una doble puerta a la izquierda. Miriam la abrió, dejando visible la sala de estar.

—Acomódese, sírvase lo que quiera... Me reúno en seguida con usted, señor Fleming.

—¿Va a ponerse el pijama?

—Algo parecido.

—¿Parecido a un pijama? No imagino qué pueda ser. Pero sí puedo imaginar otras cosas, señorita Bloch. Por ejemplo, que usted se quiera pasar de lista intentando clavarme un cuchillo por la espalda o algo así. En ese caso, alguien encontrará pronto a sus amigos Humboldt y Gilbert, y las cosas se complicarían mucho... para usted.

—Ya he tenido en cuenta eso —dijo seriamente Miriam—. Pero, además, señor Fleming, usted me interesa. De verdad.

—¿Le intereso hasta el punto de pagarme veinticinco mil dólares?

—Si los vale, sí.

Fleming asintió con la cabeza.

—Va a ser una entrevista interesante... murmuró.

Entró en la sala de estar, mientras Miriam seguía pasillo adelante. Identificó muy pronto el mueble-bar, camuflado graciosamente tras un panel en el cual estaban pintadas unas cataratas, y sacó la botella de *whisky* y dos vasos, mientras miraba alrededor... ¿Qué clase de pájara era Miriam Bloch, y qué negocios tenía realmente? Sus dos amigos, a pesar de los tortazos, habían asegurado no saber nada de esto, y sólo habían dicho que trabajaban para ella, que sería conveniente para todos que la fuese a ver...

Sirvió *whisky* en dos vasos, los dejó sobre la mesita, y se acercó a mirar por la ventana, que daba a la calle. La idea que más insistía en su mente se refería a su compañero Mike Dresner. No había sido hallado su cadáver en la bahía, por más que los hombres-rana de las Guardacostas y del propio FBI habían buscado... Y, sin embargo, cuatro días de silencio por parte de un agente del FBI no podían ser más significativos.

—Si han matado a Mike...

Su boca se plegó en un gesto seco, duro. Sí, él podía hacer su papel de despreocupado y «gracioso», pero si habían matado a Mike Dresner...

—¿Ponemos música?

Se volvió hacia la puerta, y sonrió secamente al ver el atuendo de la pelirroja. Bueno, a fin de cuentas, una mujer que se las estaba viendo con un sujeto que había demostrado ser peligroso, tenía que

intentar resultarle simpática, para quitarle malas ideas de la cabeza. Aunque «simpática» no era exactamente la apariencia de Miriam Bloch en aquel momento: parecía una muñequita envuelta en celofán. Y solamente en celofán.

Mientras sonreía, Fleming pensó que podía agarrarla por el pescuezo, dejarle el estómago hecho papilla de un par de golpes, y, simplemente, preguntarle por Mike Dresner. Pero, en general, la precipitación nunca da buenos resultados.

—Si es música romántica, sí... Lleva un bonito pijama, señorita Bloch.

—Los tengo mejores..., pero no sé si esta ocasión requiere uno de los mejores. Oh, aquí tengo este disco ya un poco ancianito, pero que en su día fue muy romántico: *Close to you* ¿Le parece bien?

—«Cerca de ti»... A mí todavía me gusta. Mire, señorita Bloch, yo creo que estamos... perdiendo el tiempo. Parece como si yo hubiera hecho una conquista, pero no sé si me gusta. Sus amigos me dijeron que usted los había enviado a matarme, y que Crowell ya está muerto, así que... no creo que sea momento para músicas. Hablemos de Crowell y de negocios.

—¿Y de nada más? —sonrió ella.

—No me gustaría pártanle la cara —reflexionó Fleming—... No. No me gustaría, señorita Bloch. De modo que, finalmente, hablemos en serio.

—De acuerdo. Empiece usted diciéndome dónde están Humboldt y Gilbert.

—Están en un sitio donde puedo volver a disponer de ellos para que me digan más cosas. De momento, creí que me bastaría charlar con usted, puesto que, al parecer, es su jefe, pero no tengo inconveniente en volver con ellos y seguir la tertulia. Veamos: ¿por qué han matado a James Crowell? Estoy intentando ser amable con usted, se lo aseguro.

—Crowell hizo algo que no gustó. Y cuando usted llegó preguntando por él, nos pareció que venía a apoyarle. Creo que eso explica la muerte de él y que hayamos querido quitarle de en medio a usted también.

—¿Qué hizo Crowell que no les gustó a ustedes?

—Señor Fleming, yo también voy a ser amable con usted... ¿De qué conocía a Crowell?

—Estuvimos juntos en un sitio. Yo salí antes, le dije dónde podría encontrarme cuando saliese él, y eso fue todo. Hace unos días me llamó. Es simple, ¿verdad?

—Ese sitio..., ¿fue la cárcel?

—Sí.

—¿Qué delito cometió usted, señor Fleming?

Éste se acercó a la pelirroja, tendiéndole uno de los vasos. Bebió un sorbo del que se había reservado, y sonrió.

—Estrangulé a una pelirroja que me preguntaba demasiadas cosas —dijo.

—Oh. Está bien, entiendo. Dígame: ¿qué sabe usted hacer?

—Más o menos, lo mismo que Crowell.

Miriam Bloch, que estaba bebiendo un sorbito de *whisky*, lo miró con súbito interés.

—¿Quiere decir que entiende usted de armamento?

—Eso fue lo que nos hizo amigos a Crowell y a mí allá dentro. Me enteré de que había sido uno de los peces gordos de una importante fábrica, y me pareció que teníamos algo de qué hablar... Yo estuve también algunos años trabajando en una fábrica de armamento..., pero pronto me convencí de que Crowell sabía más que yo de esas cosas. Era un auténtico experto.

—¿Usted no?

—No tanto como él. Me defiendo. Un momento. —Fleming se quedó pensativo—. ¿Contrataron a Crowell precisamente por lo que él sabía de armamento?

—Sí.

—Ah... Vaya, esto es interesante. ¿Qué clase de armamento exactamente?

—Mmm... Digamos que... armamento pesado.

—¿Cañones? —Pareció divertido Fleming.

—No, no... Demasiado aparatosos. Y difíciles de transportar. ¿Conoce usted algo del ensamblaje de bombas?

—Sí. Bueno..., ¿qué clase de bombas?

—Grandes —sonrió Miriam—. Pero últimamente, y debido a la... ausencia de Crowell, nos hemos encontrado con pequeños problemas. ¿Podría usted resolverlos?

—Quizá. ¿Cuánto le pagaban... o pensaban pagarle a él?

—Cien mil dólares.

—¿Y a mi veinticinco mil? ¿Por qué?

—Cuando le he ofrecido esa cantidad creía que usted era un vulgar matón, señor Fleming. Pero según parece, puede sernos más útil que actuando de... agente de seguridad, como Humboldt y Gilbert.

—¿A cambio de cien mil dólares?

—Si nos resuelve los pequeños problemas, sí.

—No puedo resolver problemas que no conozco, señorita Bloch.

—Los conocerá. Nosotros...

—¿Quiénes son *nosotros*? —cortó Raymond.

—Un grupo de personas —sonrió una vez más Miriam—. Como iba a decirle, nosotros podemos explicarle muy bien los problemas y pagarle conforme a sus servicios. ¿Aceptaría usted?

—Por cien mil dólares empiezo a trabajar ahora mismo.

—Ahora no podría ser. Yo dirijo una parte de este asunto, nada más. La otra parte, está en manos de otras personas, que no le conocen.

—Bueno. —Raymond señaló el teléfono—, llámeles y...

—No conozco su número. Ellos el mío, sí. Me llaman con regularidad, cada mañana, a las diez. Hasta entonces, temo que no podremos hacerle una oferta definitiva.

—Bien... ¿Qué hacemos hasta entonces?

—¿Se le ocurre algo?

—Pues sí... Pero temo que soy un tipo con poca imaginación, porque lo que se me ocurre es muy vulgar.

—Hay vulgaridades agradables... ¿No cree?

—Me parece que nuestras tendencias mentales son muy parecidas —rió Fleming—. Pero temo que si me quedo aquí mucho tiempo, Humboldt y Gilbert se mueran asfixiados. ¿Le gustaría eso?

—La verdad es que no. ¿Dónde los tiene?

—Le diré lo que voy a hacer, señorita Bloch: voy a ir a dónde tengo a sus amigos, y pasaré la noche con ellos. A las diez y cuarto de la mañana la llamaré aquí, y si llegamos a un acuerdo todo terminará bien para todos.

—Es usted muy desconfiado... Yo le estaba ofreciendo algo mejor que pasar la noche con dos matones, señor Fleming.

—Ya le he dicho que no he traído pijama.

Un extraño destello pasó por los ojos de Miriam... Quizá de

alivio, quizá de irritación.

—Está bien. Es posible que yo me haya precipitado un poco, y eso no conviene. Sin embargo, espero que la próxima vez... no se olvide el pijama.

—Es una cita interesante.

Terminó el *whisky*, se tocó la frente con dos dedos, y se dirigió hacia la puerta, seguido por Miriam. Cuando estaban ante la del apartamento, ella le rodeó al cuello con los desnudos brazos, de pronto.

—Usted —susurró— me gusta de verdad...

Le besó en los labios, y el agente del FBI se puso a la altura de las circunstancias, correspondiendo adecuadamente, casi envuelto en celofán. Cuando ella terminó y suspiró, Fleming dijo, con voz queda:

—Y usted empieza a gustarme a mí... de verdad.

—Entonces, ve a soltar a ese par de imbéciles, para que no se asfixien... y vuelve.

—Volveré... mañana.

Fleming se desprendió de los cálidos brazos femeninos, y salió del apartamento.

—A veces —pensó— me porto como un tonto.

Pero lo cierto era que no dejaba de pensar en su compañero Mike Dresner.

Llamó el ascensor, bajó con él al aparcamiento y fue hacia donde había dejado el coche, todavía pensando en Mike Dresner. No debió pensar tanto, porque eso le distrajo de lo que le rodeaba. Y lo comprendió cuando, apenas sentarse ante el volante, oyó tras él la voz de un hombre al mismo tiempo que notaba un contacto duro y frío en la nuca.

—Usted irá a dónde yo le diga, amigo. ¿De acuerdo?

Se quedó un instante como petrificado. Luego, lentamente volvió la cabeza y miró al hombre que, tras advertirle que tenía una pistola tocándole la nuca con ella, se había echado hacia atrás y lo miraba fijamente, desde luego apuntándole.

—¿Cómo ha podido avisarles? —preguntó Raymond.

El hombre se desconcertó sinceramente.

—¿De qué habla?

—De Miriam. ¿Cómo les ha avisado?

—Se equivoca. Ella no nos ha avisado.

—¿No son amigos de Miriam Bloch?

—No.

—Bien... En ese caso, quizá podamos entendernos si...

—Escuche, amigo, no es fácil tomarme el pelo a mí. Pero de todos modos le diré cómo está la situación: detrás de usted, entramos nosotros con el coche en el aparcamiento. Es el coche negro que se moverá hacia aquí en cuanto usted toque el claxon. Tóquelo... muy suave.

—Estoy tratando de decirle...

—Tendremos tiempo de charlar Ahora, o se limita a obedecer o le meto una bala en la cabeza.

Moc, tocó el claxon Raymond, brevísimamente.

Y en efecto, un coche negro salió del rincón del aparcamiento, y se acercó a la plaza que ocupaba el de Fleming. Iban dos hombres en ese coche. Uno de ellos se apeó, y entró en el del agente del FBI, también pistola en mano.

—Un tipo listo —dijo el primero—. Me parece que intenta convencerme de que no es amigo de la Bloch.

—Será divertido escucharle, después de verle esperándola y venir juntos aquí, tan sonrientes.

—Sí, será divertido. Usted, siga a nuestro coche.

CAPÍTULO VI

Fueron a Hialeah. De eso estaba seguro, pero no pudo orientarse respecto a la calle. El primer coche entró en el jardín de una pequeña villa junto a uno de los canales, y Fleming detuvo el suyo detrás. Miró hacia la casa, cuyas luces estaban apagadas, excepto la del porche, que era en gracioso farolillo.

—Fin de trayecto —oyó tras él—. Siga y camine hacia la casa. ¿Es usted tonto?

—No.

—Entonces, ya sabe lo que le pasará si intenta alguna proeza. Vamos allá.

Paró el motor, apagó todas las luces del coche, y salió de éste.

El hombre que había conducido el otro coche llegó a da casa, abrió la puerta, entró y dio la luz.

Luego, los esperó a los tres, cerró y señaló hacia la izquierda.

Entraron en un *living* espacioso, alegre, moderno. El que había ido en el otro coche fue directo al sofá, se sentó y se señaló el pecho con el pulgar.

—Digamos —murmuró— que yo me llamo Harris y que ellos son Smith y Brown. Y ahora..., ¿quién es usted? No le habíamos visto, hasta ahora con la Bloch.

—Me llamo Raymond Fleming —murmuró éste. Y se están equivocando conmigo: no soy amigo de ella.

Harris frunció el ceño.

—Mire, Fleming, a nosotros no nos gusta perder el tiempo en tonterías.

—A mí tampoco.

—En ese caso nos entenderemos. ¿Conoce usted a Humboldt y Gilbert?

—Sí.

—Ah... Magnífico —sonrió secamente el otro—. Si hubiese

contestado que no, lo habría pasado muy mal, porque usted ha estado conduciendo su coche. Como usted ya sabe, ellos dos son los guarda espaldas privadísimos de la Bloch, así que nos ha sorprendido mucho no verlos con ella cuando salió del bar «La Marsopa», y, en cambio, verlo a usted. Entonces hemos pensado que dos guardaespaldas eran más peligrosos que uno solo, y nos hemos decidido a... atacar. Los otros dos son un par de huesos, se lo aseguro. ¿También usted?

—Bastante.

—Ya. Sin embargo, tenemos la esperanza de que conteste a nuestras preguntas. Usted ya sabe que por duro que sea el hueso el perro acaba triturándolo, ¿verdad?

—Me parece que van a quedar decepcionados conmigo...

—Espere, espere... Piense bien lo que dice, porque si al final resulta que nos quiere tomar el pelo, nos enfadaremos mucho. Hace ya tiempo que queríamos cazar a uno de los amigos de la Bloch, y, vea, ésta ha sido una ocasión excelente.

—Si tienen preguntas que hacer, mejor les habría ido cazándola a ella.

—Oh, no... Si le pasa algo a la Bloch, el resto de la caza huiría a toda prisa. No, no, no... Preferimos entendérnoslas con usted, que al fin y al cabo, si... desaparece, todo seguirá más o menos igual. No queremos que dejen su trabajo, sino saber exactamente en qué lugar y cuándo lo tendrán terminado.

—No sé de qué habla. Y si me dejase explicar le mi versión, quizá ahorrásemos tiempo.

—¿Cuál es su versión?

—Hace poco salí de la cárcel. Allá conocí a un tipo llamado James Crowell. Nos hicimos amigos yo salí antes y le dije que podría encontrarme el tal y tal sitio de Tampa si cuando saliese le interesaba mi compañía. Bueno, pues hace cuatro días me llamó allá, me dijo que tenía algo bueno para mí, y me citó en el bar «La Marsopa». Acudí a la cita, pero Crowell no apareció. Y esta noche, un par de tipos, precisamente llamados Humboldt y Gilbert, han querido liquidarme por andar por ahí buscando a mi amigo Crowell...

—¿Humboldt y Gilbert han querido liquidarle?

—Sí.

Harris se quedó mirándolo estupefacto al principio, y en seguida con un gesto de furia.

—¿Y aún está usted vivo? ¿Pretende que me crea eso? ¡Dale fuerte!

Raymond Fleming no tuvo tiempo de nada. Recibió un tremendo golpe en los riñones, con una pistola, y se quedó con la boca abierta, los ojos desorbitados... Un segundo golpe, ahora llegando por su lado derecho, pareció prensarle el hígado, y el G-man

cayó de rodillas, a punto de desvanecerse.

Lo asieron por los cabellos, lo pusieron en pie de un tirón, y cuando las lágrimas de dolor se desprendieron de sus ojos, vio delante de él a Harris, contemplándolo con fría furia.

—Fleming, queremos saber ahora mismo dónde han a terminar de fabricar esa bomba y cuándo. ¿Lo entiende? Y queremos saber muchas cosas más: dónde está Ullman, con sus planos, por ejemplo... ¡Lo queremos todo, ¿está bien claro?!

Fleming aspiró profundamente, y movió la cabeza.

—Si no me dejan hablar..., no podré convencerles..., convencerles de que no..., no sé nada de todo eso...

—¡Vamos...! ¿No sabe quién es Edmund Ullman?

—No... No lo sé...

—¿Qué es lo que sabe usted, entonces?

—Se lo estaba explicando —el

G-man

recuperaba el aliento rápidamente—... Humboldt y Gilbert quisieron liquidarme, pero no pudieron conmigo. Les engañé y luego les partí algunos dientes con sus propias pistolas, exigiéndoles una explicación. Me dijeron que les había enviado Miriam Bloch, la propietaria del bar «La Marsopa», así que fui a pedirle explicaciones a ella...

—Le voy a... —empezó Brown.

—Déjale terminar —cortó Harris.

—Les estoy diciendo la verdad. Fui a verla a ella, me dijo que habían liquidado a Crowell, y que habían querido matarme a mí por ser amigo suyo. Finalmente, hemos convenido que la llamaré mañana, para ver si sus amigos me admiten en su grupo, que, en efecto, según he entendido, están fabricando armas... La Bloch me

preguntó si yo entendía algo de ensamblaje de bombas, y al decirle que sí, me ofreció cien mil dólares por trabajar para ella y olvidar lo de Crowell. Eso es todo.

—Es el cuento chino más idiota que he oído en mi vida —farfulló Brown.

—O eso, o el amigo Fleming tiene unas agallas poco común —deslizó Smith.

—Dice usted que Gilbert y Humbold no pudieron matarle, que usted des venció. Muy bien: ¿Dónde están?

—En el coche.

Los tres hombres quedaron un instante estupefactos.

—¡En el coche no hay nadie! —gritó Brown—. ¡Este tipo...!

—Están en el maletero —dijo Fleming—: atados y amordazados. Pueden comprobarlo.

—Ya lo creo que vamos a comprobarlo —aseguró Brown—. Ven conmigo —dijo a Smith.

Afuera, Smith y Brown llegaron al coche, quitaron las llaves del contacto, y fueron hacia el maletero. Brown lo abrió, y, a la luz del farolillo del porche, vio a los dos hombres sólidamente «empaquetados» con sus propias corbatas, cinturones y pañuelos. Éstos, que apretaban sus bocas, aparecían manchados de sangre... Los dos, en posturas incómodas y no poco dolorosas, apretados en tan reducido espacio, miraron con ojos desorbitados a Brown y Smith.

—¡Toma, pero si es verdad! —sonrió Smith.

—¿Qué te parece? —sonrió también Brown. Los dos tipos más peligrosos de la fiesta convertidos en paquetes para regalo.

—¿Piensas regalárselos a alguien?

—Sí, pero está feo regalar víboras vivas, ¿verdad? Será mejor que las enviemos preparadas para que las disequen.

Sin consultarse, con toda naturalidad, cada uno de ellos apuntó a uno de los maniatados asesinos.

Justo en el momento en que Smith y Brown se disponían a apretar los gatillos, una voz llegó desde el jardín, muy cerca de ambos:

—¡Quietos! —les ordenaron.

Pero Smith y Brown estaban ya disparando, no podían detener el dedo, y cada uno de ellos disparó una bala; se oyeron los dos

chasquidos, plop, plop, y Humboldt y Gilbert, al recibir da bala en la cabeza, dejaron de tener toda clase de preocupaciones. Casi simultáneamente, sobresaltados por la voz, Smith y Brown daban un salto hacia atrás y se volvían hacia donde había sonado, vieron la sombra y comenzaron a apuntar hacia allí...

Desde otros tres sitios diferentes del jardín, llegaron los chasquidos de disparos, que dejaron rojas pinceladas en la oscuridad, y Smith y Brown parecieron arrancados del suelo, gritando, cayendo uno de espaldas y otro de bruces..., mientras la sombra contra la que habían querido disparar se dirigía velozmente hacia la casa...

Dentro de la cual, justo en el momento de oír la voz de «¡quietos!», Harris respingó, adelantó más el brazo, y disparó contra el pecho de Raymond Fleming..., que ya se dejaba caer de rodillas. La bala pasó por encima de su cabeza, con seco trallazo, y fue a clavarse en la pared, cerca de la puerta. Harris bajó el brazo y volvió a disparar, mientras Fleming saltaba de nuevo, hacia su derecha, y rodaba por el suelo. Harris lanzó una maldición, volvió a apuntar hacia el

G-man...

Plop, chascó otra pistola, en la puerta del *living*.

Con un alarido tremolando en sus labios, Harris saltó hacia atrás, soltando la pistola, cayó de cabeza sobre el sofá, rebotó, y saltó hacia el centro de la pieza, quedando tendido boca abajo, inmóvil.

De nuevo arrodillado y presto para otro salto, Fleming volvió la cabeza hacia la puerta, vio allá a su compañero Lorne Breman, pistola en mano, y se relajó bruscamente, sentándose en el suelo.

Breman se acercó a él, mirando el demudado, lívido rostro de Raymond Fleming.

—¿Estás bien, Ray?

—No lo sé...

—Al menos, no tienes derecho a quejarte: se te advirtió que el truco era muy viejo y peligroso. Ahí llega el jefe.

El inspector Gordon apareció en el *living*, pistola en mano y mirando a todos lados. Captó da situación, guardó la pistola y tras una mirada hacia Fleming, se acercó a Harris. Le dio la vuelta y nada más ver sus ojos comprendió que estaba muerto. Miró a

Breman, el cual encogió los hombros, y masculló:

—O él o Ray, señor.

—Está bien. Quizá alguno de afuera haya quedado vivo... ¿Se está cómodo ahí?

Fleming se puso en pie y se pasó las manos por la cara, que notó fría como si fuese de hielo.

—No parece que estés herido.

—No, señor.

—Bien.

Los agentes Ronald y John Ramson aparecían entonces en el *living*. El primero captó la mirada interrogante de su jefe y movió negativamente la cabeza.

—Los cuatro, señor.

—Pues con éste, son cinco —murmuró el inspector Gordon, dejándose caer en un sillón—. Toda una maldita carnicería. Ya lo sé, no lo digáis: no ha sido culpa vuestra. ¿Quiénes eran estos tipos, Ray?

—No tengo ni idea, señor. Lo único que puedo decirle es que no son amigos de Miriam Bloch, y que están interesados en la bomba y en un tal Edmund Ullman y sus planos.

La estupefacción cundió entre los hombres del FBI, que se quedaron mirando a su compañero como si no hubiesen entendido.

—¿La bomba? —exclamó por fin Gordon—. ¿Qué bomba?

—Quizá sea la que Miriam Bloch me propuso que trabajase en ella. Me preguntó si sabía algo de ensamblajes. De bombas, claro. Le dije que sí, por supuesto, y me dijo...

—Espera un momento, espera un momento —gruñó Gordon—. Vamos a ir por partes. Primero, esos dos tipos llamados Humboldt y Gilbert quieren liquidarte, pero les rompes la cara, te enteras de que trabajan para Miriam Bloch, y nos llamas. Vamos detrás tuyo, y te vemos en amistosa charla con esa pelirroja. Os metéis en el coche y vais a...

—A su apartamento. Pero al salir de allí con una buena oferta, me encuentro dentro del coche a uno de estos tipos, y me traen aquí.

—Nosotros vimos entrar otro coche detrás de ti, pero pensamos que era gente que vivía en ese edificio. La cosa cambió al salir, pues nos dimos cuenta de que algo ocurría al verte acompañado, y nos

vinimos detrás. Estábamos pensando qué convenía hacer, ahí fuera, en el jardín, cuando salieron esos dos tipos... Y nos han matado a Gilbert y Humbold, de modo que no podrán decirnos nada. Y ya que los demás han muerto, tampoco nos podrán decir nada..., pero ya te habían hecho saber a ti lo que querían: la bomba, a un tal Edmund Ullman, y sus planos. Esto es lo que sabemos por este lado. Ahora, sólo nos queda Miriam Bloch para aclarar el resto. ¿O ya te lo aclaró en su apartamento?

—No, señor. Es decir, me ofreció cien mil dólares por...

Raymond Fleming explicó a su jefe y sus compañeros lo sucedido.

Cuando el

G-man

terminó su explicación, Gordon estuvo pensativo unos segundos, antes de murmurar:

—Entonces..., ¿están fabricando una bomba?

—Eso parece, señor. Y Harris, Brown y Smith parece que querían quitársela a Miriam y sus amigos; esto además de querer los planos de Edmund Ullman y a éste mismo.

—O sea, que esa linda pelirroja tiene una bomba, unos planos y un tipo llamado Ullman que, al parecer, puede ser el autor de los planos... Bien, quizá convendría ir ya declaradamente a hacerle una visita a Miriam Bloch.

—Recuerde, señor, que ella no sabe nada de sus jefes, que sólo se comunican con ella por las mañanas, a las diez...

—Eso puede ser una mentira como un elefante —intervino John Ramson.

—Puede serlo —admitió Fleming—. Pero ¿y si no lo es? Lo único que conseguiríamos entonces, al detener a Miriam, sería espantar a la caza mayor..., y no olvidemos que Miriam no sabe dónde encontrar a esos amigos, o jefes.

—Me parece —murmuro Gordon— que Ray tiene razón: será mejor tomarnos las cosas con calma. Por supuesto, podríamos ir ahora mismo a detener a Miriam Bloch, y obligarla a decir todo lo que sabe. Pero..., ¿y si lo que sabe no es suficiente para llegar hasta esa bomba?

—Yo seguiría con el plan inicial, señor —dijo Fleming.

—Lo tienes un poco difícil, después de la muerte de Gilbert y

Humboldt, ¿no te parece?

—Podríamos... escenificar también lo que ha pasado aquí. Se me está ocurriendo alguna idea al respecto.

—Tus ideas te van a costar un disgusto cualquier día —sonrió a medias Gordon—. Pero generalmente, vale la pena escucharlas. ¿De qué se trata?

Raymond Fleming expuso sus ideas, escuchado atentamente por su jefe y sus compañeros. Cuando terminó, todos quedaron silenciosos durante unos segundos. Por fin, John Ramson movió la cabeza.

—Es tan increíble... que podría ser verdad —dijo—. Pero, Ray, te juegas la cabeza. Esa Miriam Bloch no debe ser tonta. Y sus amigos, aún menos.

—Hay un detalle que todos estamos olvidando, quizá —dijo Fleming—. Me refiero a Mike Dresner. Naturalmente, no he sido tan torpe de mencionárselo a Miriam Bloch, ni ella lo ha hecho tampoco. Puede que haya muerto. Pero si vive, y lo tienen los amigos de la Bloch, lo primero que harían al enterarse de que ella había sido detenida, sería cortarle la cabeza a Mike... Yo acepto el riesgo, señor.

El inspector Gordon se pasó la mano por la boca, preocupado. Señaló a Harris y dijo:

—A ver quiénes son estos tres tipos.

Se sentó en un sillón, mientras los agentes del FBI se disponían a registrar a los llamados Harris, Brown y Smith. Resultó que no se llamaban así, sino, respectivamente, Desmond Fay, Chuck Hawks y Orson Darrell. Gordon escuchó esta información, mirando los documentos que sus hombres le mostraban.

—Nos interesaremos por ellos, y quizá consigamos algo... De momento, devolvedles sus billeteras. Y... el plan de Ray queda aceptado.

CAPÍTULO VII

Miriam Bloch se movió en la cama, quedó boca arriba, parpadeó... Vaya, se había despertado. Pero era porque le había parecido oír el timbre de la puerta de su apartamento...

¡Ding-dong! Volvió a sonar el timbre.

La hermosa pelirroja saltó de la cama, y se quedó en pie, súbitamente despierta del todo. Encendió la luz del dormitorio, salió de éste, recorrió el pasillo, y llegó ante la puerta.

—¿Quién es? —susurró.

—Raymond Fleming, señorita Bloch —oyó el susurro al otro lado.

Miriam vaciló. Por fin, encogió los hombros. ¿Por qué debía temer nada de Fleming? Si él fuese enemigo suyo en realidad, tenía todos los triunfos en su mano, puesto que la conocía. Y si verdaderamente podía confiar en él, sería absurdo desaprovechar su colaboración.

Abrió la puerta, y Fleming entró rápidamente, cerrando en seguida. En aquel momento, Miriam estaba prácticamente desnuda, pero Fleming no pareció reparar en ello.

—Acabo de matar a tres hombres —dijo—. ¡Por todos dos demonios, necesito un *whisky* ahora mismo!

Pasó junto a ella, hacia la sala de estar, y fue directo al bar. Se sirvió una buena dosis de *whisky* y bebió un trago... Desde la puerta de la sala, Miriam Bloch le contemplaba con ojos muy abiertos.

Ray bebió otro trago, se dejó caer en un sillón y maldijo con voz sorda, gruñona:

—No me mires así —frunció el ceño—. Te aseguro que no he tenido la culpa de nada. Más bien creo que la tienes tú, encanto.

—¿Yo? —Apenas se oyó la voz de Miriam.

—Tú, preciosidad. Esos tres tipos estuvieron a punto de liquidarme: querían saber no sé qué de una bomba, de unos planos,

y de un tipo llamado Ullman, o algo parecido. Y desde luego, que te mencionaron, ¿comprendes?

—No muy bien —susurró Miriam, acercándose y sentándose en otro sillón—. Explícamelo todo.

—Me estaban esperando abajo, en el coche. Me obligaron a ir a una casa, junto a un canal. Estaban dispuestos a liquidarme, vaya que sí. Pero antes querían que les dijese dónde estaba esa maldita bomba tuya, y cuándo la ibais a terminar, o algo así. También querían saber dónde está Ullman y sus planos... No me fue nada fácil quitármelos de encima, te lo aseguro. Me dijeron que se llamaban Harris, Brown y Smith, pero luego miré sus documentaciones y se llaman Fay, Hawks y Darrell... ¿Los conoces?

—Sí...

—Bueno, pues oye, rica, explícame el juego, para que yo sepa si me interesa quedarme o largarme a pesar de esos cien mil dólares... que todavía no he visto.

—El juego es muy simple: ellos quieren quitarnos esa bomba... para negociarla por su cuenta. ¿Los mataste a los tres? ¿Estás seguro?

—Tan seguro como que te estoy viendo casi desnuda. Vaya, no me había dado cuenta de que estás como...

—¿Pudiste matarlos a los tres? ¿Tú solo?

—Oh, no —replicó Raymond, sarcástico—. ¡Pedí la ayuda del FBI! Eres muy graciosa, nena, ¿sabes?

—¿Cómo ocurrió?

—¿El qué?

—¡Qué pudieses matarlos a los tres!

—Pues debo admitir que fue gracias a la ayuda que me prestaron tus amigos Humboldt y Gilbert. —¡Pero dijiste...!

—Déjame terminar. Mira, yo llevaba a tus amigos dentro del coche, ¿entiendes? En el portaequipajes, bien atados y amordazados. Mi idea era ir con ellos a cualquier sitio y esperar allá las diez y cuarto de la mañana, para llamarte a ver qué me decías, y, según qué me dijese, pues hacer una cosa u otra. Bueno, cuando comprendí que aquellos tipos no te tenían ninguna simpatía, les dije que yo tampoco era amigo tuyo, porque lo que más me interesaba es mi pellejo, ¿está claro? Me dieron unos golpes, porque no se lo creyeron, pero les dije que podía demostrárselo, que tenía a

Humbold y Gilbert en el coche. Me miraron como si yo fuese un bicho raro, y dos de ellos fueron a ver. Yo me quedé con el otro, que me apuntaba con su pistola. Pero se la quité, y...

—¿Se la quitaste? ¿Cómo?

—¡Y yo qué sé! Me pareció que la cosa estaba muy mal para mí, y que no tendría otra oportunidad mejor, así que me la jugué de una vez... Me tiré contra aquel tipo, le di un mamporro, pude quitarle la pistola, y le metí una bala en el cuerpo. Cogí la pistola, y salí detrás de los otros dos, para darles lo suyo... Cuando los vi, estaban disparando contra Gilbert y Humbold, que seguían dentro del coche, en el maletero. Y como estaba bien claro que aquellos sujetos no se andaban con tonterías, los quité de en medio. Estaban tan ocupados disparando contra tus amigos, que no se enteraron de nada.

Miriam Bloch se mordió los labios, antes de murmurar:

—¿Has venido aquí directamente?

—Claro. No conozco a nadie más en Miami. Escucha, estoy en un buen lío, nena. Y tú tienes que ayudarme.

—¿Yo? ¿Y cómo?

—No lo sé. Llama a tus amigos, diles que necesito...

—Ya te dije que no puedo hacer eso.

—¡Vamos, encanto...! ¡Ni me lo creí entonces ni me lo creo ahora! ¡Sólo que ahora no tengo mucho tiempo para perder!

—¡De verdad, no puedo ponerme en contacto con ellos...! Pero hay que hacer algo, desde luego. Supongo que nadie te ha visto matarlos, ni nada de lo sucedido allí.

—Claro que no.

—Bien... ¿Dónde fue eso?

—Anoté la dirección en un papel, al salir—. Fleming sacó un arrugado papel del bolsillo, y se lo entregó a Miriam—. Maldita sea, si estuviésemos en Tampa, yo me las arreglaría, pero aquí no sé qué hacer.

Miriam miró la dirección escrita, y se puso en pie.

—Estaré dista en dos minutos. Vamos a ir allá.

—Buena idea. ¿Y llamaremos a la Policía?

—No digas idioteces. Vuelvo ahora mismo. ¡Y haz el favor de no beber más!

Raymond Fleming alzó las cejas, miró el vaso, o apuró, y

encogió los hombros.

—De acuerdo. No estoy en situación de discutir tus órdenes. Pero me gustaría saber para qué vamos a ir a ese lugar.

—Te lo diré bien claramente: tenemos que recoger esos cadáveres.

CAPÍTULO VIII

Todavía estremecida ante la visión de las destrozadas cabezas de Humboldt y Gilbert, Miriam Bloch ayudó a Fleming a colocar dentro del coche, en el asiento de atrás, los cadáveres de Harris, Brown y Smith. Luego, los cubrió con una manta, cerró la portezuela, y se quedó mirando a Fleming.

—Naturalmente, La Policía y el FBI tiene tus huellas, ya que estuviste en la cárcel... ¿Has tocado algo de la casa, aparte de esa pistola?

—No... No, no, seguro.

—Pues vámonos. Yo conduciré: conozco Miami mejor que tú.

—Desde luego —dijo Raymond, pensando que eso era un sueño de la pelirroja.

—Echemos un último vistazo, no sea que olvidemos algún detalle.

Pero, al parecer, lo habían hecho bien, así que cinco minutos más tarde, Miriam al volante, abandonaron la casita de Hialeah, dejando allí el otro coche, el de sus víctimas.

Eran casi las dos de la mañana cuando Miriam detuvo el coche, en la South West 80th Street, en South Miami, muy cerca del tendido férreo de la «Florida East Coast».

Raymond Fleming miró a su alrededor, y luego a Miriam.

—Me gustaría saber dónde estamos y qué hacemos aquí.

—Espérame.

Ella salió del coche y se acercó a uno de los edificios. Era de una sola planta, sucio, y tenía una gran puerta en el centro, y en ésta, otra puerta más pequeña, a cuyo timbre llamó... Fleming miró hacia lo alto de la fachada, en la cual se veían unas grandes letras pintadas, tan borrosas ya, que apenas podían leerse. Lo único que sacó en claro era que se trataba de un taller de piezas mecánicas..., si la escasa luz del lugar no le había hecho confundir las borrosas

letras. Pero no. Un taller de piezas mecánicas encajaba perfectamente con todo aquello.

La puerta pequeña practicada en la grande se abrió, y Miriam desapareció por ella. Tan sólo medio minuto después volvió a salir, cerrando la puerta pequeña..., y la grande comenzó a alzarse, basculando hacia el techo. Para cuando estuvo completamente alzada, Miriam estaba de nuevo/al volante. Metió el coche dentro, da puerta bajó, y se encendió una luz.

Cierto: un taller lleno de maquinaria, y en cuyo fondo había un horno para fundición.

—Ya hemos llegado —dijo Miriam.

Fleming salió del coche, y se encontró ante un tipo alto y fuerte, en pijama y con batín, que le contemplaba atentamente, con no poca desconfianza.

—Éste es Ellis —dijo Miriam—. Tiene una habitación aquí, y vas a quedarte con él esta noche. Él es Raymond Fleming, Ellis.

—Hola —gruñó éste.

—¿Qué hay? —farfulló Raymond.

—Arreglaros como sea por esta noche. Y ya sabes lo que tienes que hacer con el coche y lo que hay dentro, Ellis.

—Llamaré a Fletcher por teléfono —asintió Ellis.

—De acuerdo. Vosotros dos no moveros de aquí. Por la mañana —miró a Fleming—, hacia las diez y cuarto, me llamas a mi apartamento, y te diré lo que han decidido respecto a ti.

—Bueno. ¿Te vas ahora? ¿A pie?

—Me las arreglaré. Bilis, vosotros dos no tenéis que salir de aquí para nada. Y mucho cuidado con Fleming —sonrió de pronto—: está bien claro que es de cuidado, ¿verdad?

Miriam Bloch salió, utilizando otra vez la puerta pequeña. Ellis hizo una seña a Fleming, y se fueron hacia el fondo de taller, donde estaba el teléfono. Ellis llamó a un sujeto, llamado Fletcher..., el cual llegó quince minutos más tarde, desgredado y con expresión tensa. Agitó una mano, emitiendo un silbido, al contemplar la masacre. Pero sólo dijo:

—¡Demonios...!

Se metió en el coche, Ellis le abrió la puerta grande, y desapareció en la noche. Después de cerrar la puerta, Ellis volvió a señalar hacia el fondo.

—No soy precisamente una belleza —sonrió secamente—, pero tendrás que dormir conmigo, Fleming.

—Puesto que sólo se trata de dormir —sonrió también el G-man

—, me parece bien.

CAPÍTULO IX

A las ocho de la mañana, cuando estaban tomando café en la «Vivienda» de Ellis, comenzaron a llegar hombres. A las ocho y diez, el total era de seis, que, sin comentario alguno, se pusieron a trabajar.

Desde el pequeño ventanuco que permitía ver el taller desde la guarida de Ellis, Fleming los estuvo observando unos minutos, terminando su café y un cigarrillo.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó.

—¡No! Te quedarás aquí, sin que te vean, y a las diez y cuarto llamarás a Miriam. Después, ya veremos. Y nada de querer ser el chico más listo del colegio, ¿de acuerdo, Fleming?

—Sí, hombre, sí. ¿Tienes alguna revista para pasa reí rato?

—Por ahí encontrarás algunas.

Ellis salió a trabajar con los demás, y Fleming estuvo mirándolos durante unos minutos, cerrando los ojos cada vez que en el taller brillaba da intensa luz de las soldaduras.

A las diez y diez por encima del fragor del trabajo en el taller, Fleming oyó sonar el teléfono. Miró por el ventanuco, y vio a Ellis atendiendo la llamada. Estuvo hablando menos de medio minuto. Luego fue hacia la vivienda, y Fleming tomó una revista y se sentó en una de las sillas sucias y desvencijadas de aquel Comedor-cocina-dormitorio-salita-lavabo.

Ellis abrió la puerta, asomó la cabeza.

—Todo está arreglado. Prepárate para marchar dentro de quince minutos.

—Tengo que llamar a Miriam a las...

—Ya ha llamado ella. Todo está bien. Vendrán a buscarte.

—Está bien.

Un cuarto de hora más tarde, un hombre entró en el taller, por la puerta pequeña, habló con Ellis, y éste fue en busca de Fleming.

Fueron hacia donde esperaba el sujeto recién llegado, que se quedó mirando al

G-man

con curiosidad y expectación.

—Thorpe te llevará —dijo Ellis—. Hasta la vista, Fleming.

—Adiós.

Afuera esperaba un coche. No había nadie más en él. El tipo llamado Thorpe lo puso en marcha y partieron. Fleming no se molestó en hacer ninguna pregunta. Y cerca de las once el coche se detenía delante de los «Municipal Docks». Thorpe estacionó el coche, y se apeó, imitado rápidamente por Fleming. Llegaron a pie hasta el borde del Pier 3, y Thorpe señaló un pesquero anclado allí.

—Buen viaje —dijo.

—Adiós.

El agente del FBI abordó el pesquero, donde había cuatro o cinco hombres ocupados en preparar los aparejos de pesca. Uno de ellos se acercó a él.

—¿Fleming?

—Sí.

—Zarparemos dentro de cinco minutos. Vaya abajo.

—Okay.

Se metió en el interior del pesquero, sin más complicaciones. La cosa, en cambio, sí se iba complicando. Por supuesto, el inspector Gordon se las arreglaría para tener localizado y controlado aquel pesquero durante todo el tiempo, y, además, disponía de todos los datos para efectuar la gran redada en Miami. En cuanto lo considerase oportuno, podía detener a Miriam Bloch, a todos los tipos de aquel taller, al hombre llamado Thorpe que le había llevado hasta el pesquero, y, si así convenía, incluso el pesquero podía ser ocupado sin grandes contratiempos.

Pero Fleming esperaba que, cuando menos, al pesquero se le dejase maniobrar con libertad. Lo que pasase en tierra firme ya no importaba demasiado, pero..., ¿adónde pensaba ir aquella gente con el pesquero?

Abajo le esperaban dos hombres, preparados ya con sus equipos para bucear, excepto los tubos de aire, colocados sobre una mesa.

—¿Fleming?

—Sí.

—Jess y Bill —presentó el otro—. ¿Sabe bucear?

—Bastante bien.

—Estupendo. Le ayudaremos a ponerse el equipo...

Estaban terminando ya cuando los motores del pesquero comenzaron a trepidar. Fleming se estaba colocando el cinturón de plomos.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Hacia los kayos. Oiga, si no sabe bucear, dígalo, ¿eh? No queremos...

—No se preocupen por eso, ya les he dicho que sí. ¿Vamos de pesca?

—Los de arriba, sí. Nosotros abandonaremos el pesquero en determinado momento. Ahora, escuche bien, Fleming —tomó una cuerda de nylon de color amarillo— iremos los tres unidos por esta cuerda, por seguridad. Vamos a pasar por sitios un poco difíciles, así que mucho cuidado. Sobre todo, pase lo que pase, no se ponga nervioso. Estos tubos tienen aire para una hora, de modo que si algo le pasa, tranquilo. Nosotros lo sabremos en seguida y haremos lo que mejor convenga. Quiero que esto quede bien claro.

—Queda bien claro.

—Bueno. Ahora vamos a la escotilla. Y en cuanto se abra saltaremos a la vez, hundiéndonos rápidamente. Es por la hélice: si tan sólo llegase a tocarnos, nos haría pedazos.

—Lo supongo. Pero no veo por qué tenemos que saltar cerca de la hélice.

—No hay más remedio. Vamos allá.

Raymond Fleming lo comprendió algo más tarde, cuando en el fondo del sollado del pesquero comenzó a entrar agua. Miró con gesto de alarma a los dos «ranas», pero éstos sonrieron, señalando el fondo del barco.

—Espero que haya comprendido que no vamos a saltar por la borda. Saldremos por aquí. Desde arriba, nos abrirán la compuerta cuando lleguemos al sitio, así que abandonaremos el pesquero por la quilla, ya bajo el agua. Es muy discreto...

—Es decir, que nadie nos verá abandonar el pesquero.

—Exacto. Nadie sabe ni sabrá que tres «hombres-rana» han abandonado este barco hacia uno de los kayos.

—Estupendo. Pero, supongamos que yo no hubiese sabido

bucear.

—Hemos resuelto el problema con otras personas —sonrió Jess —: nosotros nos encargamos de todo, en ese caso, y esas personas lo único que tienen que hacer es no soltar de su boca la boquilla del aire. Pero sólo hemos tenido que hacerlo una vez, con Ullman.

—¿Vamos a dónde está Edmund Ullman?

—Preparados —dijo Bill.

Hubo un leve movimiento de aguas, y apareció en el fondo una rendija de claridad. Segundos después, la rendija se había convertido en un rectángulo a través del cual se veía el fondo del mar, dorado, lleno de sol.

Notó la presión de un brazo, y comprendió. Se dejó caer con fuerza, salió del pesquero por la quilla, y braceó con todas sus fuerzas hacia el fondo... Un instante después, por encima de él, pasaba la popa del pesquero, en la cual la hélice convertía las transparentes aguas en una explosión de espuma que parecía recoger todos los colores del arco iris. Se sintió como envuelto en algo que giraba y le empujaba a la vez, rodeado de luces, ensordecidos sus oídos por el rugir de los motores..., pero siguió nadando como pudo hacia abajo, hacia abajo...

Y de pronto, todo cesó. Apartó la mano con que sujetaba los lentes, y, todavía entre millones de diminutas burbujas que desaparecían, vio a Bill y Jess, muy cerca de él. En el día soleado y claro, era como contemplar peces en una pecera. La visión no podía ser más clara, más luminosa.

Él iba en el centro de la cuerda, de modo que sólo tuvo que seguir a Bill, que ocupaba la primera posición.

Estuvieron nadando apenas un minuto, por recovecos en los que aparecían agudas puntas de roca que había que evitar cuidadosamente. La cuerda se enganchó una sola vez, pero el propio Raymond la desprendió de la roca. No hubo dificultades, por lo que el

G-man

comprendió que Jess y Bill estaban acostumbrados a llevar nadadores mucho más torpes que él, y por eso le habían hecho tantas recomendaciones.

Finalmente, aparecieron en una gruta con una playita diminuta y techo cuya altura debía ser muy poco superior a dos metros.

Había luz de gas allí, y les esperaba un hombre, vestido con un mono azul de larga cremallera, y botas de goma.

—¿Cómo ha ido el paseo? —preguntó, risueño.

—Mejor de lo que esperábamos, esta vez —dijo Bill, tras escupir la boquilla—. Fleming ha sido el que menos molestias nos ha dado.

—Estamos en un kayo, supongo —dijo Raymond.

—Sí. Fellows le va a llevar ahora con el señor Ullman. Ya nos veremos, Fleming. ¡Hey, ¿adónde va?! ¡Quítese antes todo eso, hombre!

Los otros tres rieron. Fleming se quitó el equipo y se puso un mono como el de Fellows, que entregó idénticas prendas a Jess y Bill. Ya vestido y calzado, Fleming miró a Fellows, que asintió con la cabeza y señaló el hueco que se veía a su espalda.

Caminaron por pasillos retorcidos, llenos de agudas rocas salientes e iluminados con quinqués.

—Tenemos un generador, desde luego —dijo Fellows—, pero el señor Ullman lo necesita para él, y no nos atrevimos a instalar otro, o uno mayor. Ya hemos llegado.

Desembocaron en una gruta mucho mayor, en la que se veían varias puertas de madera. Los huecos habían sido aprovechados como dependencias aisladas, bastando para ello colocar mamparas en las entradas, con una puerta.

—La mayor parte son dormitorios. Y ahí —señaló otra— es donde está trabajando el señor Ullman. Pase. A partir de ahora, se las entenderá con él.

Fleming asintió, y empujó la puerta. La estancia de roca era bastante grande, quizá de unos ocho metros de diámetro. En el centro había una mesa construida con viguetas metálicas, y sobre ésta, una gran cantidad de engranajes y dispositivos. En el centro, se veía una caja de plomo, cuadrada, como de medio metro de lado.

Y en uno de los lados de la mesa metálica, un hombre y una mujer, que dejaron de trabajar para mirar a Fleming. El cual, de momento, sólo pudo ver a la mujer. Una muchacha de veintidós o veintitrés años, rubia, de ojos claros..., tan bonita que el agente del FBI se quedó atónito, incapaz de reaccionar..., hasta que el hombre preguntó:

—¿Señor Fleming? ¿Raymond Fleming?

Miró al hombre. Debía tener algo más de cincuenta años, y su

aspecto era muy distinguido, intelectual, muy amplia la frente; o quizá producía esta impresión porque era bastante calvo. Sus ojos eran oscuros, inteligentes, de mirada viva, escrutadora.

—Sí... Raymond Fleming. ¿Es usted el señor Ullman?

El hombre asintió y señaló a la muchacha.

—La señorita Potters, mi ayudante. Bien venido, señor Fleming. Le estábamos esperando.

—¿Cómo sabían todos ustedes que yo iba a venir? Esto parece una cárcel..., más o menos.

—Lo es —suspiró Ullman—. Y ya llevamos aquí demasiado tiempo Samantha y yo. Por eso estamos deseando terminar... En realidad, casi hemos terminado, así que pronto le corresponderá a usted trabajar..., bajo mi supervisión, naturalmente. Aunque supongo que si le han contratado es porque hará su trabajo tan bien como lo hubiese hecho James Crowell.

—Espero estar a la altura de las circunstancias —murmuró Fleming, acercándose—. ¿De qué se trata exactamente?

Edmund Ullman le miró como sorprendido o divertido.

—De una bomba atómica, desde luego... ¿No lo sabía?

El hombre del FBI se las vio y deseó para contener un estremecimiento.

—No... Han sido muy poco comunicativos conmigo.

—Pero sí sabe que tiene que ensamblar la parte mecánica de una bomba, ¿no?

—Sí... Eso sí. Pero..., ¿de dónde ha salido... la bomba?

—Pues partiendo del uranio y de mis conocimientos sobre estas cosas —rió Ullman—. Aunque debo decir que Samantha me ha ayudado mucho.

Fleming miró a Samantha Potters, que se mordió los labios y bajó la mirada.

—¿Ella es también una... experta en esto?

—A decir verdad, me ha sorprendido a mí mismo. Pedimos en un anuncio una persona con sólidos estudios sobre física nuclear, y contestaron varias... Pocas. La señorita Potters fue una de esas personas, tuvimos una entrevista, y... me quedé con ella. Hacía un par de meses que había salido de la universidad, imagínese... Tiene un gran talento y una serie de conocimientos asombrosos... para una mujer de su edad, se entiende.

—Sí, lo supongo... Bien: ¿qué tengo que hacer ahora?

—Oh, por ahora, nada, de veras. Tendremos que esperar a que nos traigan las piezas y entonces tendrá que ensamblarlas, una vez colocado el núcleo atómico en la pieza delantera. Entiendo que ha pasado usted por el taller.

—Sí... Pero no sabía... ¿Lo que están preparando allí son las partes metálicas, la... cubierta de la bomba?

—Claro. Nos las traerán con el pesquero en cuanto terminen. Lo cual sucederá muy pronto. Mañana, quizá pasado... Para entonces, Samantha y yo lo tendremos todo listo. Ya nos avisarán cuándo envían las piezas.

—¿Cómo les avisan?

—Tenemos una radio, naturalmente. De otro modo sería muy incómodo salir y entrar aquí...

Lo pasé francamente mal cuando me... pasearon por esa gruta negra. Y la perspectiva de volver a pasar por ella no me hace feliz, ni mucho menos.

—Lo comprendo. Dígame, señor Ullman: ¿para qué están... fabricando una bomba atómica?

—Para lanzarla sobre un objetivo, desde luego.

Fleming palideció. Miró a Samantha Potters, que también había palidecido, y de nuevo a Ullman, que le contemplaba con curiosidad.

—¿Qué..., qué objetivo?

—Eso ya no es cuenta nuestra —encogió los hombros Ullman—. Me parece que es hora de almorzar, señor Fleming. Luego, descansaremos un poco Samantha y yo, y para esta noche habremos terminado... ¡por fin!

—¿Y cuándo piensan lanzar esa bomba?

—¡No tengo ni la menor idea! Ni me interesa. A mí me han pagado por fabricarla, y por nada más.

CAPÍTULO X

Después de almorzar, Edmund Ullman se retiró a uno de los aposentos aislados por la mampara de madera con puerta. De modo que quedaron solos Samantha y Fleming.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció el G-man.

—No, gracias.

—¿Se encuentra mal? —La miró Fleming expectante—. No tiene usted buen apetito, según he observado. ¿La preocupa algo?

—No... No. Es sólo que estoy muy cansada. Llevo muchos días encerrada en este lugar. Y aunque hay renovadores de aire, no hay sol.

—Ya, claro. Ha escogido usted una profesión muy interesante, señorita Potters: física nuclear, nada menos. Y —sonrió—, al parecer, pronto ha tenido suerte... Quiero decir que supongo que le pagarán una cantidad que no ganaría fácilmente trabajando en cualquier empresa del país. Por cierto, usted es norteamericana, como yo, pero el señor Ullman es canadiense, ¿verdad?

—Sí, canadiense. Perdóneme, pero estoy cansada... Voy a dormir un rato.

—Como guste. Pero pensé que podíamos charlar unos momentos.

Samantha Potters se quedó mirándole fijamente.

—No creo que usted y yo tengamos nada de qué hablar, señor Fleming.

—No —sonrió él—. Es verdad. Espero que descanse usted bien.

—Gracias.

Raymond Fleming quedó solo en el comedor. Esperó un par de minutos, reflexionando sobre su decisión. No podía hacer otra cosa, de todos modos. Debía intentar comunicarse con la Delegación del FBI por medio de la radio que había en la gruta, y ponerles al

corriente de que se trataba de una bomba atómica que iba a ser utilizada. Todavía tardarían, porque, además, dependía de él en buena parte, ya que tenía que ensamblar sus piezas mecánicas... Cosa que, ciertamente, no sabía hacer, y que, de todos modos, no habría hecho, aunque le arrancasen la piel a tiras. Sin embargo, igual que habían contratado a James Crowell, contratarían a otro, y a otro, y a otro..., a menos que aquella gente fuese detenida.

Encendió un cigarrillo, se puso en pie y salió del comedor. En la gran pieza central, no se veía a nadie. Sólo grutas, y las mamparas con puertas. Tras una de aquellas puertas debía estar la radio. Y atendiéndola, seguramente un solo hombre..., al que podría quitar de en medio con un simple golpe. Llamaría entonces a la Delegación, y luego... que el cielo le ayudase.

Estaba caminando hacia una de las puertas, cuando dos hombres aparecieron por uno de los estrechos pasillos de la gruta y se quedaron mirándole.

—¿Busca algo, señor Fleming? —preguntó uno.

—No... Bueno, en realidad, sí. Pensaba descansar un poco, pero no sé dónde hacerlo. Hay tantos compartimientos aquí...

—Ahí dentro hay cuatro literas desocupadas —señaló el hombre—. Acuéstese en la que más le guste.

—Gracias —caminó Fleming hacia la puerta señalada—. ¿Es aquí?

—Sí.

Empujó la puerta, entró y cerró. Se tendió en una de las literas, y quedó sombrío, fija la mirada en el desigual techo. Tres hombres no eran demasiados... si estaban desarmados. Pero aquella gente tenía pistolas, y él no. Podían meterle una bala en la nuca en cualquier momento, y entonces todo se habría perdido.

—Nada de tonterías —se dijo—. No puedo permitirme el menor fallo hasta haber llamado por la radio.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, atento el oído... Pero el silencio era total. Un silencio completo, extraño, desconocido para los habitantes de una ciudad grande. Estaban bajo el mar... Rodeados de toneladas y toneladas de rocas y agua. Como en una tumba...

Los golpecitos sonaron de pronto, a su derecha y hacia sus pies. Se incorporó vivamente en la litera, y escuchó... Los golpecitos

proseguían. Los localizó a ras del suelo, cerca del extremo de la litera. Salió de ésta y se arrodilló ante el tabique que separaba aquella estancia de la contigua.

Toe... Toc-toc-toc...

Toc-toc...,

seguían los golpecitos. Y de pronto, Fleming comprendió que eran señales utilizando el Morse, y prestó toda su atención, descifrando los golpes, que iban formando letras.

N...E...R...F...B...I...D...R...E...S...

N...E...R...F...B...I...D...R...

Raymond Fleming se irguió como si acabase de recibir un tremendo latigazo. ¡Dresner FBI! ¡Mike Dresner, su compañero del FBI desaparecido hacía casi cinco días!

Los golpecitos proseguían, tenues, cautelosos, pero el G-man

ya no los escuchaba. Se puso en pie, abrió la puerta con todo cuidado y echó un vistazo la circular estancia de roca... No había nadie. En las paredes había colgados quinqués de gas, que daban sombras inquietantes, pero no había nadie allí. Seguramente, los dos tipos aquéllos también se habían retirado a dormir.

Salió, se deslizó hacia la otra puerta, y probó el pomo, que cedió fácilmente. Lo cual le hizo imaginarse a Mike Dresner atado, amordazado, seguramente tendido en el suelo, tratado como una bestia durante aquellos cinco días... Empujó la puerta, entró, y la cerró apresuradamente, volviéndose hacia la oscuridad.

—Mike —susurró—, soy Raymond... No te muevas más. Tienes que aguantar hasta...

La luz de una linterna brotó de pronto, directa hacia el rostro de Fleming, que alzó los brazos, protegiéndose los ojos, al mismo tiempo que se estremecía y sonaba la voz de Edmund Ullman:

—No es usted muy considerado al despertarme, señor Fleming.

Se oyó el rascar de un fósforo, que se encendió. Inmediatamente, fue encendido un quinqué, y Raymond Fleming, tras unos parpadeos, pudo ver la escena, cuando la linterna se apagó. Ante él estaba Edmund Ullman. A su lado, todavía sentado en el suelo junto al tabique estaba Fellows, que lo miraba sarcásticamente, y que

sonrió, dando otros golpecitos en el tabique... Junto a Ullman, el hombre que acababa de encender el quinqué apuntaba ahora al agente del FBI con una pistola..., y lo mismo hacían los otros dos, todos mirando duramente al

G-man,

que suspiró profundamente, pálido, demudado el rostro. Le habían tendido una trampa, y había caído en ella como un auténtico novato..., como el cretino más grande del mundo.

—Me parece que se ha dado cuenta de la situación —dijo Ullman—. En lo cual, nos lleva ventaja, ya que su presencia aquí, muy reveladora, nos hace comprender que las cosas no van tan bien como hemos estado creyendo. Y usted, señor Fleming, nos va a decir cómo está la situación de nuestros amigos en Miami. Supongo que muy mal, ¿verdad?

—Muy mal —murmuró Fleming, asintiendo.

—Vaya... ¿Cómo de mal, exactamente?

—Definitivamente mal.

—Fantástico... Así que usted consiguió engañar a Miriam. ¿Y a quién más? ¿A quién más conoce? ¿Qué le ha dicho ella exactamente, señor Fleming?

—Nada.

—Usted es del FBI, ¿no es cierto?

—Sí. Soy compañero de Mike Dresner, el agente que ustedes han asesinado.

—¿Cómo puede saber que hemos asesinado a Dresner?

—Si saben su nombre, que han utilizado para engañarme con ese mensaje en Morse, es que lo tuvieron en sus manos, vieron que era del FBI y lo mataron... ¿O no?

—Sí —admitió Ullman—. Nos dimos cuenta de que un hombre seguía a Crowell cada vez que éste entraba en «La Marsopa», y comprendimos que lo estaban vigilando. Me avisaron, y di la orden de que la pista fuese cortada... radicalmente. Así que mis hombres de tierra firme mataron a Crowell y a su compañero Dresner, y los tiraron al mar. Pero según parece, no los lastraron bien, y sus cadáveres aparecieron. Ustedes sacaron sus propias conclusiones, fueron a «La Marsopa»... Es decir, fue usted solo, simulando ser un sujeto poco recomendable. Pero, como de todos modos, decía ser amigo de Crowell, ordené que lo matasen. Ése fue mi error. Si le

hubiese dejado ir y venir de «La Marsopa», jamás se habría enterado de nada. Pero, cuando tuvo en sus manos a Humboldt y Gilbert, éstos lo remitieron a Miriam al romperles usted los dientes..., y la bola comenzó a rodar. Y aquí está usted, después de haberse cargado nada menos que a cinco hombres, cinco sujetos peligrosos. Eso fue lo que me hizo sospechar que usted no era realmente amigo de Crowell, al fin, sino un tipo mucho más peligroso... ¿Y quién más peligroso que un agente del FBI que busca a un compañero desaparecido? Así que le he permitido llegar hasta aquí, le hemos tendido esta inocente trampa, y usted ha caído muy ingenuamente. ¿Se pregunta por qué le he dejado llegar hasta aquí, señor Fleming?

Raymond Fleming no contestó.

—¿No quiere contestar?

—No —dijo con voz ronca.

—Pues tendrá que hacerlo, señor Fleming, porque para eso le he dejado llegar hasta el kayo. Quiero saber exactamente qué es lo que sabe el FBI, hasta qué punto mis amigos de fuera y yo mismo estamos en peligro. Bien, señor Fleming...: ¿hasta qué punto?

—Todos están controlados.

—¿Todos? Especifique, por favor.

—Miriam Bloch, sus amigos del taller, el hombre llamado Fletcher que se llevó los cinco cadáveres, el hombre llamado Thorpe, que me llevó hasta el pesquero, el pesquero mismo... Todos los que han ido estando en contacto conmigo están ahora bajo el control del FBI.

—¿El de la radio en Miami también?

—Sí... También.

—Ah —rió Ullman—. ¡Ya veo que ése no está vigilado, no le conocen! Claro que no. Él llama por teléfono a Miriam cada mañana, para recibir informes que a su vez debe enviarme por radio a mí. Ese hombre es el enlace entre Miriam y yo... Lo siento por Miriam. Hace tiempo, que trabaja para mí, en pequeñas cosas. Y ha ido a fracasar precisamente en el trabajo más importante de todos en el que le habría dado más dinero para poder retirarse por fin... Lo siento por ella. Y por todos los demás, pero... este lugar no lo conoce el FBI, así que, cuando quizá llegasen a encontrarlo, yo ya me habré marchado...

—¿Nos vamos a ir sin terminar? —se sorprendió Fellows.

—Me parece que no tendremos más remedio —gruñó Ullman.

—Pero entonces..., ¿qué pasará con la bomba? Están esperando la demostración para comprar los planos... ¡Quizá todavía pudiésemos terminar el trabajo, señor Ullman!

—Lo veo muy difícil —movió la cabeza Ullman. Por un lado, Fleming nos ha hecho un favor al quitarnos de encima a Desmond Fay y sus hombres, pero por otro, nos lo ha echado todo a perder... Todavía quedan bastantes hombres de Fay por Miami, que seguirán buscándonos para arrebatarnos nuestro trabajo y venderlo por su cuenta, pero eso no me preocupa. En cambio, el FBI...

—No pueden saber que estamos aquí.

—No. Pero cuando se decidan a detener a los del pesquero, al comprender que algo raro está sucediendo con su agente Fleming, los del pesquero les dirán dónde estamos. Ni Miriam ni los demás lo saben, pero sí los del pesquero. No, Fellows, no podemos quedarnos aquí a esperar esas piezas que están terminando en el taller. Tampoco leñemos quién haga el trabajo de ensamblar las piezas... Lo único que podemos hacer es marcharnos... antes de que el FBI detenga a los del pesquero. Creo que tenemos varias horas por delante, así que no vamos a desaprovecharlas. Aunque, ¿cómo podremos llevarnos todo el material sin contar con el pesquero?

—Puede servir cualquier otra embarcación —dijo Fellows.

—Sí, pero el pesquero era tan discreto, con esas salidas de la quilla... ¿Sabe, señor Fleming, que me ha causado usted muchas, muchísimas molestias?

—No las suficientes —deslizó Fleming.

—Pues yo creo que han sido excesivas. Al fin y al cabo, usted es un solo hombre, que ha estropeado la labor de muchos, y que puede estropear un negocio que me ha costado mucho tiempo poder financiar... Sí..., yo diría que para un solo hombre en acción, esas molestias han sido excesivas. Sujetadlo bien.

Fellows y el otro saltaron a la vez hacia Raymond, que giró hacia su izquierda, enfrentándose hacia el primero. Giró completamente, como si sus pies estuviesen sobre una diminuta plataforma, imprimiendo tal fuerza a ese giro que cuando su puño se hundió en el estómago de Fellows llevaba una fuerza muy superior a la de un simple puñetazo. Fue un golpe espantoso, que dejó a Fellows lívido como un cadáver, con la boca abierta, los ojos

fuera de las órbitas...

El otro llegó junto a Fleming, y de asíó rodeándole el torso con los brazos. El

G-man

dio un golpe hacia arriba con el codo izquierdo, mientras su hombro derecho bajaba, librándose de una presa que parecía indestructible. Resultado: el hombre se encontró medio tendido sobre el hombro izquierdo de Fleming, que flexionó las piernas de tal modo que el adversario aún cayó más pesadamente sobre su hombro; entonces las distendió, sujetando con la mano derecha el brazo izquierdo del otro..., que salió volando, chillando hasta darse de cabeza contra la pared de roca del fondo.

Pero, al mismo tiempo, los otros dos caían sobre Fleming, con las pistolas en alto, lanzando sendos golpes. Uno de ellos alcanzó al agente del FBI en un hombro, y el otro en la espalda, cerca de la nuca.

El dolor fue tal, de una intensidad tan atroz, que Fleming lanzó un grito, y cayó de rodillas. Inmediatamente, recibió un rodillazo en el rostro, y aún estaba cayendo cuando un puntapié le alcanzó en el vientre. Las imágenes desaparecieron, todo se convirtió en una mancha oscura, todo pareció girar, girar, girar...

—Ponedlo en pie y sujetadlo —oyó, como de muy lejos.

Fue puesto en pie. Sacudió la cabeza, y las imágenes se aclararon un poco. Lo suficiente para que pudiese distinguir a Edmund Ullman, lívido el rostro de rabia, alzando una pistola sobre su cabeza.

Quiso esquivar el golpe, y la pistola le golpeó en la nariz, rompiendo la ternilla. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y, en realidad, ya no notó nada más. Desde luego, sabía que Ullman se estaba ensañando con él, pero no le dolía nada. No veía nada, no oía nada, no sentía nada...

CAPÍTULO XI

Lo primero que pensó al recuperar el conocimiento fue que tenía una nariz enorme.

Enorme, grandiosa, gigantesca. Y que, además, le dolía como nunca le había dolido nada en toda su vida. Quiso moverse, y se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos. Sí, convertido en un fardo, tendido en el suelo de alguna parte. La oscuridad era total.

Luego, de pronto, pensó en Mike Dresner, su compañero del FBI. Y este pensamiento le serenó, tan bruscamente que quedó sorprendido.

Habían matado a Mike. Ya no haría falta buscar más, ni hacerse preguntas. Todo era inútil. Lo único que se podía hacer por el agente especial del FBI Mike Dresner, era vengarlo. Pero, vengarlo, ¿quién? ¿Y cómo?

No tardó ni diez segundos en comprender que por sí mismo no conseguiría nunca soltarse de las cuerdas que le sujetaban. Completamente imposible. Se quedó quieto, jadeando, recuperando el aliento. La nariz volvía a parecerle una especie de melón incrustado en su rostro. Y tenía la cara llena de sangre seca, que formaba una costra sólida, desagradable, que comenzó a crujir cuando movió las facciones.

Se preguntó qué hora debía ser. ¿Las tres de la tarde, las cuatro, las cinco...? O quizá sólo hacía unos pocos minutos que le habían propinado la paliza, en cuyo caso ni siquiera debían ser las dos y media. Puestos a no saber, ni siquiera sabía dónde quedaba la puerta.

Pero lo supo un buen rato después, cuando la puerta se abrió un instante, y una persona entró rápidamente, cerrando en seguida. Muy rápidamente, pero el

G-man

tuvo tiempo suficiente para identificar aquella silueta que se recortó

con tanta brevedad en la iluminación de gas del recinto circular exterior: Samantha Potters.

Oyó un susurro:

—Señor Fleming.

El

G-man

no contestó. Sus labios se apretaron con fuerza, hoscamente. ¿Qué quería la genial jovencita, la universitaria de los bellos ojos claros?

—Señor Fleming...

—Si quiere verme, sólo tiene que encender la luz —gruñó Fleming.

Oyó el deslizarse de los pies por el suelo, y luego la respiración de ella, a su lado, una mano fina, tibia, tocó su cara. Fleming masculló algo cuando los dedos rozaron su nariz, y la mano se retiró rápidamente.

—¿Está usted bien? —preguntó Samantha Potters.

—Oh, sí... Me siento joven y bello. En mi vida he estado mejor.

—Lo..., lo siento... Siento mucho lo ocurrido. Me enteré, pero no podía hacer nada, hasta ahora.

—¿Y qué demonios quería hacer?

—Ayudarle. No se mueva...

Las manitas de Samantha Potters tocaron las suyas. Luego, Fleming notó en ellas un contacto frío, y, para su asombro, las manos le quedaron libres, y, en una de ellas, quedó el cuchillo utilizado para cortar las cuerdas.

—No he podido conseguir una pistola —susurró Samantha—. ¿De verdad es usted agente del FBI?

—Sobre eso no tenga la menor duda —dijo Fleming, todavía incrédulo—. En cambio, yo tengo muchas dudas sobre usted. Salvo que esté soñando, ha cortado las cuerdas, y me ha dado un cuchillo, o una navaja...

—Es todo lo que he podido conseguir. Pero haré todo lo que usted me diga a partir de ahora. Y tiene que ser muy de prisa, porque tenemos poco tiempo... Están pasando todo el material por la gruta submarina y cuando terminen volverán aquí. ¿Qué hacemos, señor Fleming?

—¿Sabe manejar un radio? —se animó Fleming, cortando las cuerdas que sujetaban sus pies.

—Sí, sí, desde luego.

—Bueno, vamos a ir a dónde está la radio, y mientras...

—La radio ya no está: también la han desmontado y se la han llevado.

—¡Maldita sea mi estampa...! ¿Cuánto rato hace que estoy en esta situación?

—Más de una hora. Tiene que pensar algo, pronto, por Dios... ¡Van a venir hacia aquí en seguida!

—Oiga, yo no hago milagros, ¿sabe? —masculló Fleming, frotándose los tobillos—. ¿Están todos en aquel sitio donde se llega desde el mar?

—Sí. Deben estar terminando; y cuando terminen vendrán a matarlo a usted... y a mí.

—¿A usted? —Respingó Raymond—. ¿Por qué?

—Sé que querrán matarme, lo sé...

—No entiendo nada, pero sí entiendo que estoy libre y que tengo un cuchillo. Salgamos de aquí ahora mismo... ¿Conoce usted estos subterráneos?

—Bastante bien. Pero no podremos salir del kayo si no tenemos equipo para bucear. Es imposible.

—Pues habrá que conseguir un par de equipos de esos. ¿Se ha llevado Ullman todo el bloque de la bomba?

—Es lo primero que ha puesto a salvo.

—Está bien. Vamos a ver qué pasa. Escuche, señorita Potters, sería una idiotez que usted me estuviese tomando el pelo, ¿no le parece?

—Una completa idiotez —admitió ella.

—Bueno... No entiendo nada, pero vamos. Ya nos explicaremos nuestras vidas más adelante..., si tenemos ocasión.

Salieron del aposento a la explanada circular. Samantha señaló hacia una de las grutas, y Fleming comprendió que por allí llegarían a la cueva donde había agua de mar; es decir, el punto de partida hacia el exterior. Se deslizaron hacia allí, pero, apenas habían dado unos pasos, oyeron voces en el fondo, acercándose, como rebotando en las paredes. El

G-man

lanzó una imprecación ahogada se volvió, y tomando de una mano a la muchacha apretó el paso, de regreso a la explanada mayor.

—Los tenemos pisándonos los talones —jadeó—. ¿Cuál es su dormitorio?

—¿El mío?

—¡Claro!

Samantha tiró de la mano de él, llegaron ante una de las puertas, y ella la empujó. Entraron los dos y quedaron jadeantes en la oscuridad.

—La cocina —exclamó de pronto Fleming—... ¿Dónde está la cocina?

—Funciona con baterías. Está tres puertas más allá, a la derecha...

—¡Vamos a buscar más cuchillos, pronto!

Salieron a toda prisa, y segundos después entraban en la cocina. Samantha se soltó de la mano de Fleming y éste oía a los pocos segundos los roces metálicos.

—¡No haga ruido!

—E-eestoy bu-buscando los cu-cuchillos... Ya... ya los he encontrado... ¿Cuántos quiere...?

—¡Todos!

Las voces se oían ya por la desembocadura del pasillo subterráneo. Al mismo tiempo que entreabría la puerta y miraba hacia allí, Fleming notaba en su mano la frialdad de varios cuchillos, y los apretó con fuerza. Tan sólo cinco o seis segundos después, vio aparecer a Fellows y al otro sujeto que le habían atacado en primer lugar, caminando confiadamente, sonrientes.

—... buscarnos.

—No tenemos mucho tiempo. Y es una lástima, porque la señorita Potters merecía ser mejor aprovechada. ¿No te parece?

—Algo se podría intentar —replicó el otro a la sugerencia de Fellows—. Tienen que colocarlo todo en la lancha y volver a por nosotros. Llevará algunos minutos hacer eso... Vamos a liquidar primero al federal, y después nos entretendremos unos minutos con la chica.

—Buena idea.

Los dos hombres caminaban hacia el aposento donde se suponía que debía estar, atado de pies y manos, el agente del FBI, que se volvió y susurró:

—No se mueva de aquí.

Los estuvo mirando mientras caminaban. Los vio llegar ante la puerta, empujarla, entrar... Se encendió una luz, y, en seguida, se oyó una exclamación. Para entonces, el

G-man

había salido de la cocina, y corrió hacia el cuarto donde estaban Fellows y el otro. Se detuvo de pronto, tomó un cuchillo con la mano derecha, y echó el brazo hacia atrás.

Fellows fue el primero en aparecer, corriendo, plasmada en su rostro una mueca de desconcierto y rabia, en la mano la pistola...

Vio a Raymond Fleming, a menos de seis metros, con el brazo derecho echado hacia atrás. Su boca se abrió, aunque quizá aún se abrieron más sus ojos, en una expresión de incredulidad y espanto.

¡FFFSSSS...!, silbó el cuchillo lanzado agente del FBI.

Fellows estaba alzando la pistola cuando el cuchillo se hundió en su garganta, con choque escalofriante de algo que se rompe, de algo que se rasga. El grito de dolor, el grito de muerte, apenas iniciado murió..., como el propio Fellows, que se llevó las manos a la garganta y cayó de bruces, rodó por el suelo..., mientras, a un par de metros escasos tras él, aparecía también corriendo el otro hombre, que, al desconcierto de la desaparición de Fleming tuvo que sumar el de ver a su compañero cayendo de bruces y gritando tan brevemente.

La carrera, el impulso, lo llevó casi al centro de la explanada, pero volviéndose, más que comprendiendo intuyendo algo de lo que había pasado... Todo lo que vio fue una puerta que se cerraba rápidamente, y disparó contra ella.

Plop, plop, plop, plop... Cuatro pequeños orificios aparecieron en la madera, pero no se oyó nada. Ni un grito de dolor, ni el sonido de un cuerpo al caer... Nada. Los ojos del amigo de Fellows giraron hacia éste, y entonces vio claramente el cuchillo que tenía clavado en la garganta. Fellows había quedado con la cabeza ladeada hacia él, los ojos aterrados en el brillo de la muerte, las manos sujetando el mango... Su amigo no vaciló ya ni un segundo, y, considerando que él solo no era suficiente para enfrentarse al agente del FBI que había liquidado a cinco hombres y ahora acababa de cargarse tan limpiamente a Fellows, echó a correr hacia el pasillo, dispuesto a esperar ayuda en la gruta del agua.

A pesar de su jadeo, de su precipitación, de su ofuscación, oyó el

silbido tras él, y se volvió, alzando la pistola... Se volvió justo a tiempo de ver a Raymond Fleming en la puerta de uno de los aposentos... Justo a tiempo de ver aquel relámpago de acero que llegó a su pecho y se hundió allí con seco impacto.

El hombre cayó de espaldas, se dio de cabeza, y le pareció que ésta se llenaba de lucecitas de mil colores. Se sentó, miró el cuchillo clavado en su pecho, y luego, con la expresión de quien no comprende nada de nada, miró hacia Fleming, que estaba ya con el brazo derecho de nuevo hacia atrás, a punto de lanzar otro cuchillo. Entonces, el hombre cayó de espaldas, y ya no se movió.

El

G-man

estuvo todavía unos segundos con el cuchillo en alto. Luego, bajó el brazo, y se acercó a Fellows. No tenía más que verle los ojos para saber que estaba muerto. Recogió su pistola, y se acercó al otro, precavidamente... Pero no tenía nada que temer. No había truco alguno. A menos que fuese un truco nuevo eso de morirse para engañar al enemigo.

Fleming se metió los cuchillos en uno de los bolsillos del mono, y se pasó una mano por la frente, que estaba fría como el mármol. Se volvió, tras recoger también la pistola del otro.

—¡Señorita Potters! —llamó—. ¡Venga aquí!

Samantha apareció, vio a los dos hombres muertos, y cerró los ojos. Luego, se acercó a Fleming, mirándolo fijamente..., lo cual era mucho mejor que contemplar aquellos cadáveres cuyos ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—Tienen que volver los otros a recoger a estos dos —dijo Raymond—. ¡Condúzcame a esa laguna, o lo que sea!

—Sí... Sí.

—¡De prisa! ¡Corra!

Samantha Potters demostró que sabía correr. El que no pudo demostrarlo fue precisamente Fleming, que a cada paso parecía recibir mil alfilerazos en todo el cuerpo, y tenía la sensación de que la nariz podía explotarle de un momento a otro. En pocos segundos avistaron la gruta de llegada, y Raymond retuvo a la muchacha por un brazo.

—Quieta aquí... Yo echaré primero un vistazo, por si ya han llegado...

No había nadie en la gruta. Fleming suspiró profundamente, se volvió a hacerle una seña a Samantha, y se sentó sobre la roca, fija la mirada en las aguas, que parecían negras, en cualquier momento alguien aparecería por allí, llevando tubos de aire para Fellows y el otro.

—Siéntese —señaló Fleming el suelo, junto a él—. ¿Está bien?

—Sí... Sí..., sí... Ya..., ya ha oído usted que..., que querían... matarme...

—Y eso, porque disponían de poco tiempo —asintió él... Pero no lo entiendo. ¿Por qué? ¿Y cómo lo sabía usted? Está bien claro, o al menos lo estaba, que usted está de su parte.

—No... No es cierto... ¡No es cierto! ¡Yo no sabía lo que estaba preparando el señor Ullman!

—¿Qué me dice? —masculló Fleming, con la mirada fija en la superficie del agua.

—Le estoy diciendo la verdad... Vi su anuncio en el periódico y me interesó, naturalmente.

—¿Qué quiere decir *naturalmente*? —La miró un instante Raymond.

—Hacía unas semanas que había salido de la universidad, me consideraba bien preparada... Y cuando vi aquel anuncio, contesté, a un apartado de correos de Miami, explicando mis conocimientos, edad... Me contestaron a los dos días, citándome. Un hombre llamado Thorpe acudió a la cita y me llevó en coche a los muelles. Allí subí al pesquero y me trajeron aquí...

—¿Sabe usted bucear, entonces?

—Sí, lo suficiente.

—Menos mal —señaló Fleming el agua—. Sería desagradable un viaje por ahí sin saber bucear. Por cierto, que debieron engañarme desde el principio: Ullman sabe bucear perfectamente, pues de otro modo no se habría arriesgado a buscar este escondrijo... ¿No le extrañó a usted que la trajeran a este lugar?

—Sí... Pero el señor Ullman me dijo que estaba trabajando en un proyecto secreto, que se había despedido de su compañía porque él quería patentar cierto descubrimiento... Bueno, me convenció. Empecé a trabajar con él, ayudándole..., y muy pronto me di cuenta de que estábamos preparando una bomba atómica. Al principio no podía creerlo. Cuando me convencí, pensé en decirle que no quería

seguir aquí, pero me..., me di cuenta de que si hacía tal cosa no saldría viva de este lugar...

—Y le ayudó.

—La..., la verdad es que me dediqué más bien a ir entorpeciendo su trabajo, pero él se dio cuenta, y comenzó a mirarme de un modo raro, así que..., que tuve que ayudarle realmente. ¿Qué podía hacer? Si sabotando su trabajo, lo único que conseguiría sería retrasarlo unos días, pero me matarían, y Ullman buscaría otro ayudante. Sabía ya que, fuese quien fuese el ayudante, después lo matarían. Entonces, sólo pensé en serle útil al señor Ullman, ganarme su confianza... ¡Quería poder salir de aquí, y avisar a la Policía! ¡Tenía que intentarlo, señor Fleming!

—La comprendo a usted —murmuró el

G-man.

Supongo que yo habría hecho lo mismo. ¿Estuvo por aquí mi compañero Mike Dresner?

—No, no... Pero oí hablar de él, y del FBI, a los hombres de Ullman. Por eso cuando hoy me enteré de que usted era del FBI, tuve una esperanza. Decían..., decían que usted era un hombre muy peligroso, pero que debían retenerle, porque si los del FBI llegaban aquí antes de que hubiesen escapado, podrían utilizarlo para protegerse. Por eso no le mataron en seguida.

—Entiendo. Bien, señorita Potters, después de lo que ha pasado no tengo más remedio que creerla, la verdad.

—¿Qué..., qué harán conmigo si escapamos de aquí? Quiero decir, la Policía, o el FBI.

—Caramba, qué pregunta —la miró sorprendido Raymond—. ¿Qué demonios podrían hacer con usted sino darle las gracias? ¡Ésta es buena!

—¿No..., no me condenarán a prisión, o..., o...?

—¡Por supuesto que no! A menos que todos estamos locos. Aunque el más loco en este asunto es Ullman. ¡Fabricar una bomba para lanzarla sobre un objetivo...! Espero que no consiga escapar, ya que si lo hiciese, y no sabiendo cuál es ese objetivo, podría...

—Oh, yo lo se...

—¿Lo sabe? —Respingó Fleming.

—Sí... Le oí hace unos días, cuando hablaban por la radio con unos hombres que están en un yate... Creo que el yate se llama

«Cruz del Sur». Esos hombres quieren contratar a Ullman para llevarlo a su país y encargarlo de la fabricación en serie de bombas atómicas, pero le dijeron que antes querían estar seguros de que él sabía lo que hacía. Ullman les dijo que podía demostrarles que era capaz de fabricar cuantas bombas quisiera, si disponía de dinero y material, y que por eso les había hecho la oferta, después de conseguir él la financiación para la primera bomba... Es muy pequeña, pero estuvieron de acuerdo en que serviría para la demostración. Si se producía esa explosión, recogerían a Ullman en su yate, y se lo llevarían a su país...

—¿Qué país?

—No lo sé... Estoy segura de que es un país de América del Sur, pero no sé cuál.

—Tiene usted muy buen oído, señorita Potters —murmuró Raymond—. Bien: ¿sobre qué objetivo piensa Ullman disparar esa... pequeña bomba?

—El Pentágono.

Raymond Fleming respingó ahora con tal fuerza que se atragantó. Se quedó mirando con ojos desorbitados a la muchacha, y luego, de pronto, dejó caer la cabeza, como roto.

—Dios... ¡Está loco!

—Yo..., yo creo que no... Es un hombre ambicioso, pero no está loco.

—Es un loco y un canalla. ¡Por el cielo, tenemos desiertos donde se puede hacer esa demostración...! ¿Por qué el Pentágono, que siempre está lleno de gente? ¡Es un maldito loco! Aunque, quizá no se atreva a hacerlo...

Las aguas parecieron abrirse de pronto, y emergió un hombre-rana, que escupió la boquilla del aire y se llevó la mano derecha a los lentes... Se quedó inmóvil, y, a través del cristal, el agente del FBI vio sus ojos muy abiertos, fijos en él...

Plop, disparó, al mismo tiempo que el hombre se zambullía rápidamente.

Lo vio desaparecer bajo las aguas, y se puso en pie de un salto, maldiciéndose interiormente por su estupidez. ¿Por qué había tenido que vacilar en disparar contra un hombre que no podía defenderse? Unos escrúpulos que iban a costar la vida a él, a Samantha Potters, a la gente que ocupase al Pentágono el día en

que...

El cuerpo del hombre-rana reapareció, suavemente, como un corcho; quedó flotando, mostrando solo la espalda, metido el pecho en el agua... Raymond se metió en la pequeña laguna, asió al hombre por un brazo, y tiró de él hasta depositarlo en la orilla, boca arriba. Le quitó el lente monocular, y movió la cabeza al reconocer a Jess.

—Píala debido traer equipos para los otros dos —musitó—. ¡Tienen que estar ahí!

Se puso los lentes, y saltó al agua. Se veía muy mal, pero no tardó ni medio minuto en ver, en el fondo, los dos tubos de aire, y los lentes, todo atado. Seguramente, Jess lo había llevado a remolque hasta la gruta. Lo sacó todo, y lo señaló:

—Tenemos que darnos prisa, señorita Potters: Ullman está ahí afuera, y me gustaría darle... una sorpresa. Lo mejor será que nos coloquemos los tubos y salgamos. La ayudará.

—Hay más hombres con Ullman —murmuró la muchacha, mientras recibía en la espalda el peso de uno de los tubos—. Y todos están armados, señor Fleming.

—Bueno, yo también estoy arm... ¡Maldita sea, cuando lleguemos arriba ninguna pistola servirá para nada! Tendríamos que encontrar una bolsa de plástico, o algo así... ¿Cree que encontraremos una bolsa allá dentro?

—No —movió ella la cabeza—. Pero tengo una idea. ¡Póngase usted su equipo, yo vuelvo en seguida!

Había ya terminado de sujetarse los atalajes cuando Samantha regresó, llevando en una mano algo que dejó a Fleming estupefacto.

—¿Qué demonios es esto? —masculló—. ¡A mí me parece una..., una olla!

—Una olla a presión, que cierra herméticamente —casi sonrió la muchacha, mostrando la tapa—. Ponga aquí las dos pistolas, señor Fleming.

Éste quedó un instante con la boca abierta. Luego, lanzó una exclamación y quiso meter las pistolas en la olla, pero no cabían. Les quitó los silenciadores, y entonces cupieron perfectamente. Samantha cerró la olla, dando vueltas al cierre, y se la tendió.

—Señorita Potters —sonrió Raymond—: después de que el FBI la haya felicitado y demás homenajes que, sin duda, ya usted a recibir,

recibir, recuérdeme que le debo una cena, con música y champaña.

—Se lo recordaré... si no me meten en la cárcel, señor Fleming.

—Está bien —se inclinó y quitó la linterna del gancho del cinturón de Jess—. Vamos allá.

La ruta de regreso no fue precisamente un paseo agradable, pues se perdieron un par de veces por las grutas.

Salieron a mar abierto, y, apenas hubieron dado una docena de brazadas, vieron por encima de ellos la quilla de la lancha. Fleming siguió nadando, haciendo señas a Samantha para que le siguiese, alejándose de la lancha una distancia conveniente. Luego, la esperó, y la sujetó por el cinturón de plomos, haciéndole gestos de que ella debía esperar allí. La muchacha asintió. Parecían suspendidos mientras esperaban la descompresión. Por fin, Fleming dio una palmadita en una mano a Samantha, la señaló hacia arriba. Ella comprendió... Lo comprendía todo.

Esperó a que la muchacha bajase un poco más, y él nadó hacia la superficie, alzó la olla y comenzó a destaparla, haciendo girar la rueda...

—Allí —oyó claramente—. ¡El tipo del FBI!

El que había gritado el aviso era Bill, el otro hombre-rana, que había visto las burbujas y las había seguido en todo momento.

Muy cerca de él, las transparentes aguas se alzaron en pequeños surtidores, mientras el

G-man

acababa de abrir la olla, cogía una de las pistolas y disparaba rápidamente... Pese al movimiento que tenía que dar a sus pies para mantenerse en la superficie, su primer disparo fue impecable: Bill, que seguía gritando, lanzó un chillido, en extraordinario cambio de tono, y cayó de cabeza al agua.

El disparo efectuado por Fleming había restallado fuertemente, pero, la voz de Ullman se oía con toda claridad:

—Matadlo, matadlo... ¡No puede escapar!

Una de las balas disparadas desde la lancha se hundió por delante de Fleming, muy cerca, y en seguida éste notó un golpecito en el muslo derecho. Pero, a su vez, volvió a disparar.

De los dos hombres que disparaban desde la borda, uno se llevó las manos a la cabeza, y cayó hacia atrás. El otro gritó, apuntó de nuevo a Fleming..., y éste volvió a disparar, arrancando un aullido

al hombre, que saltó por encima de la borda como si se tratase de un juego, agitando brazos y piernas...

Fleming movió la pistola hacia donde Ullman seguía gritando que lo matasen, a pesar de que ya no le quedaba ningún hombre. Sólo el que estaba a los mandos de la lancha, y que debía ser el que habitualmente se había estado encargando de la radio.

¡Pack!, disparó de nuevo Fleming.

Pero Ullman se había dejado caer en el fondo de la lancha, comprendiendo su verdadera situación, y que ya no tenía nadie a quien dar órdenes. Excepto al hombre que pilotaba la lancha.

—¡Vámonos! —Oyó Fleming—. ¡Vámonos de aquí...!

El motor de la lancha rugió, y ésta saltó, pareció a punto de despegar, incluso. Giró, dando la jopa a Fleming, alzando una gran cantidad de espuma en el giro que la colocaba sobre estribor... Por un instante, la Figura del hombre que la conducía fue visible para el agente del FBI. No veía a Ullman, pero sí al hombre que pilotaba la lancha...

¡Pack, pack, pack!, disparó rápidamente.

La lancha siguió navegando alejándose, y Fleming dejó caer la olla y la pistola que empuñaba. Ya no servían de nada, precisamente Ullman iba a escapar. Precisamente aquel maldito loco que...

Un segundo después, Raymond Fleming sentía un estremecimiento de espanto al ver que la lancha seguía describiendo la vuelta iniciada para alejarse de él. Su primera y lógica idea fue que Ullman se proponía pasarle por encima con la lancha, para hacerle pedazos, y éstas debían ser las órdenes que estaba dando al otro sujeto...

Pero, cuando se estaba colocando la boquilla del aire para sumergirse, el

G-man

se dio cuenta de que algo no estaba sucediendo de acuerdo a sus previsiones... La lancha seguía girando, en efecto, pero, de tal modo que iba ahora hacia las rocas..., en lugar de tomar la línea recta que la llevaría hacia él. Sí, en su giro, iba hacia las rocas...

Dos segundos después, el veloz vehículo pilotado por un hombre agonizante, se estrellaba contra las rocas, con tal fuerza que saltó en pedazos, envuelta en humo y fuego. Trozos de cristal, eje plástico y

de madera saltaron, y en seguida, el combustible resbaló por entre las rocas, ardiendo, y se extendió varios metros sobre la superficie de las transparentes aguas...

Raymond Fleming estuvo unos segundos observando aquello, como alucinado. Luego, mientras se colocaba la boquilla del aire, se dio cuenta de que a su alrededor, flotaba una mancha de color rojo claro... Y se dio cuenta, también, de que le dolía el muslo derecho. Apretó los labios y se sumergió, en busca de Samantha Potters.

La vio muy pronto, pues ella estaba nadando hacia él. Se encontraron, y él hizo señas hacia arriba.

Comenzaron a nadar, hacia la costa rocosa, y poco después, los dos estaban en tierra firme, jadeantes. Fleming se desprendió en seguida del tubo de aire y se tendió sobre la roca, con los ojos cerrados.

—Se-señor Fleming, está..., está herido...

Abrió los ojos y vio a Samantha Potters inclinada sobre él, asustada. Aquella boquita temblorosa y los dos hermosos ojos, claros como el agua del mar, le parecieron a Raymond Fleming el más bello espectáculo del mundo.

—No se preocupe —jadeó—. El hueso está bien, no tiene importancia.

—Habría que cortar la hemorragia de su herida...

—Dígame con qué. Porque si piensa utilizar teta de estos monos, me va a agrandar el agujero como si se tratase de un cráter... ¿Qué hace?

Samantha Potters había bajado la cremallera de su mono, metió la mano dentro, agarró algo, y dio un tirón, arrancando la prenda, que dobló varias veces y colocó en la herida de Fleming, apretando suavemente...

CAPÍTULO XII

El inspector Gordon se sentó junto a la cama, y sonrió.

—¿Qué tal, Ray?

—Bien, señor. Creo que dentro de una semana estaré como nuevo.

—Me parece que no —sonrió de nuevo Gordon. En primer lugar, tu nariz no será nunca más aquel precioso modelo que tanto lucías. Lo de la pierna, según me dicen, es menos grave, porque al no haber roto ningún hueso, todo lo que quedará será una cicatriz... que no hay por qué ir luciendo. De todos modos, dentro de una semana no estarás como nuevo, sino solamente autorizado a caminar... Eso es lo que me ha dicho el médico, y eso será lo que harás. ¿Okay?

—Sí, señor. ¿Qué ha pasado con lo del yate?

El gesto de Gordon se endureció.

—Los encontramos. Sí..., localizamos el yate, Ray.

—Bien... ¿Quiénes eran, de qué nacionalidad, qué demonios pretendían? Bueno, sabemos que querían alguien que les fabricase bombas atómicas para su país, pero..., ¿qué país, y con qué propósitos?

—Me parece que nunca sabremos eso.

—Pero si han encontrado el yate...

—Lo alcanzamos huyendo hacia el Sur, y les dimos el alto... ¿Sabes cuál fue su respuesta?

—No... No.

—Nos dispararon con dos morteros.

—¿Quéee...?

—Sí. Tuvimos que hundirlos... No se ha salvado nadie. Y quizá sea mejor así..., no enterarnos de nada definitivo.

Durante unos segundos, los dos quedaron silenciosos. Por fin, Raymond susurró:

—¿Y respecto a la señorita Potters...?

—En principio, la tenemos detenida...

—¡Pero señor...! ¡Si no hubiese sido por ella...!

—Cálmate. Estamos preparando el informe que ella nos va dictando. Luego, la investigaremos adecuadamente... Está englobada en el caso, del mismo modo que Miriam Bloch, los hombres del taller, el tal Fletcher... Bueno, todos los que han intervenido en esto. No puede ser de otro modo, Ray.

—Sí... Claro, señor. Lo entienda. Pero ella...

—Te has librado del trabajo más fastidioso —refunfuñó el inspector Gordon—: tú aquí, tan ricamente en esta estupenda clínica, mientras los demás tenemos que ir por ahí deteniendo personas... Eres un vivales, Ray.

—Sí, señor —sonrió Fleming, aceptando la broma—. Respecto a la señorita Potters...

—Pero hombre, no seas pesado. Tenemos tu declaración, la de ella, investigaremos... Maldita sea tu estampa: ¿por qué no te dedicas a descansar una semana, sin complicarte la vida? Y cuando salgas de aquí, pues... ya sabremos a qué atenernos.

—¿Y tengo que estar aquí una semana, sin poder hacer nada?

Gordon se puso en pie, mascullando:

—Es condición humana no estar nunca contento... Pero hombre, ¿qué es lo que quieres? Te han roto la cara, tienes algunas costillas hechas papilla, un agujero en una pierna... Voy a proponer a dirección que instituyan un Premio para Insensatos. Y desde luego, tú serías el primero en recibirlo, estoy seguro. Aunque quizá me lo diesen a mí, por haber permitido que uno solo de mis hombres se fuese metiendo en todos esos apuros... Uno de los dos se va a llevar ese Premio, Ray.

Pero, honradamente, creo que tú has hecho muchos más méritos.

—Eso quiere decir que estoy más loco que usted —sonrió Fleming.

—No —el inspector del FBI movió la cabeza—. En realidad, creo que ese Premio para Insensatos deberían dárnoslo a todos los que trabajamos en el FBI. Adiós, Ray. Si necesitas algo, llámame.

—Pues, a juzgar por lo que usted ha dicho, lo único que puedo necesitar es sensatez.

—Lo siento, pero de eso no tengo —sonrió Gordon.

—Entonces, señor, no necesito nada.

ESTE ES EL FINAL

—¡Oh! —exclamó Samantha Potters—. ¡Señor Fleming!

Raymond Fleming sonrió, y le tendió el ramo de flores que llevaba en una mano.

—Son para usted, en agradecimiento a lo mucho que se ha interesado por mi salud en estos días, por medio de mi jefe... ¿Puedo pasar?

—Oh, sí, sí... Gracias por..., por las flores... y por todo...

Fleming entró y se volvió hacia ella, que cerró la puerta y se quedó mirándole.

—¿Por todo? —Alzó las cejas el

G-man

—. ¿A qué se refiere?

—Bueno... Aquí me tiene, libre, sin antecedente alguno, sin temor a nada... He alquilado este apartamento, espero encontrar pronto un buen trabajo, estoy viva... Y todo eso, gracias a usted, señor Fleming.

—¿Gracias a mí? —Se pasmó Raymond—. Esto sí que es chocante. Me salva usted la vida, evita toda aquella serie de barbaridades al ayudarme, el país entero tiene mucho que agradecerle, y ahora dice que es gracias a mí... Vaya, usted es bien extraña, señorita Potters, de veras. Yo creo que sólo tiene lo que usted misma se ha ganado. A propósito, creo que le debo una cena con champaña...

—Y baile —sonrió la muchacha.

—Bueno... Lo del baile, que no es precisamente mi pasatiempo favorito, deberá excusármelo, por ahora. Todavía tengo esta «pata» algo averiada.

—Oh... ¡Oh, yo creí...!

—Funcionará pronto, no se preocupe. La que ha quedado definitivamente horrenda es mi nariz. ¿Qué le parece?

—Pu-pues me parece una..., una nariz... muy... simpática, y muy... masculina.

—¿De veras? —Volvió, a pasmarse Fleming. ¡Vaya si es usted extraordinaria...! Bien, puesto que mi nariz no le desagrada, quizá podamos cumplir esta noche parte de lo acordado: cena con champaña. ¿Acepta?

—Sí.

—Magnífico. ¿A dónde le gustaría ir?

—Ya que usted no puede bailar, y considerando que está todavía convaleciente de su herida en la pierna, creo que no debería caminar mucho, señor Fleming. Así que... podríamos cenar aquí.

—Magnífico —aprobó Raymond—. ¡Realmente magnífico! Iré a buscar el champaña, y un par de velitas rojas para...

—Ya..., ya tengo el champaña, y..., y velitas rojas...

—Bueno —parpadeó él—. En ese caso iré a busca raigo para la cena...

—Ya tengo de todo para una buena cena.

—Ah. Vaya. —Fleming se rascó la nuca—. Me parece que le he fastidiado alguna fiesta. ¿Esperaba usted a alguien?

—Sí: a usted. Tenía la esperanza de que no olvidase su promesa. Le..., le esperaba. Hoy, mañana, pasado...

—O sea, que no se había olvidado de mí.

—Más bien, todo lo contrario.

—Curioso —reflexionó Raymond—. Curioso: a mí me ha estado sucediendo exactamente lo mismo Santo cielo señorita Potters: ¿no será que nos hemos enamorado el uno del otro?

—Yo, sí.

—Ah... Menuda coincidencia, ¿no le parece? Me parece que voy a llamar a mi jefe por teléfono, para decirle que le cedo el Premio para Insensatos para él solito. Yo prefiero este otro. Aunque bien mirado, eso de enamorarse también en una insensatez...

—Pero con premio —susurró Samantha.

—Decididamente, soy un insensato. —Raymond Fleming abrazó a Samantha por la cintura, y la atrajo suavemente, mirando fijamente los sonrosados labios—. Por lo tanto, me quedo con el premio. ¿Puedo...?

—Oh, sí... ¡por fin!

Y el agente especial del FBI comenzó a cobrar el premio que tan

merecidamente había obtenido.

Por cierto: valía la pena.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

